



JENNY DEL

Love, Jenny

¡Ahí te

QUEDAS!

¡AHÍ TE QUEDAS!
Jenny Del

Primera edición
¡Ahí te quedas!
©2018, Jenny Del

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

CAPÍTULO 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

CAPÍTULO 1

¡Ni de coña!, no le iba a permitir ni una más, los últimos dos años estaba en un plan que no se aguantaba ni él, siempre con desplantes, desganas y un sinfín de cosas. Quejándose de todo, pero no de todos, parecía que la única que le sobraba en su vida, era yo.

La noche anterior se fue a celebrar el treinta cumpleaños de uno de sus amigos. Se suponía que iba a cenar, tomar una copa y poco más, pero no, ha aparecido hace un rato, a las diez de la mañana, con cara de pocos amigos y diciendo que se iba a dormir.

— Bueno, yo me iré con mi amiga a la playa — dije mientras tomaba mi desayuno.

— Por mí, te puedes ir a la luna — respondió bordemente.

— Mira Lucas, a mi no me hablas ni una vez más de esa manera. Duerme la resaca y cuando vuelva hablamos, o tú, o yo, sale de esta casa.

— Por mi puedes hacer las maletas ya, Susi — soltó una sonrisa y se metió en la habitación.

<<Pues eso haré>>

Solté una sonrisa al pensarlo. El dolor lo llevaba aguantando los dos últimos años, ya era hora de reaccionar y vivir, era joven, tenía veintinueve años y una vida por delante. Llevaba cinco años con Lucas, los tres primeros fui la mujer mas feliz del mundo, era chico que me llenaba de atenciones y amor, pero los dos últimos, ya se nos había ido la relación de las manos, él no sentía ni la más mínima chispa de amor hacia mí.

Llamé a mi amiga Rebeca y le dije que en media hora la recogía. Ella y yo éramos íntimas desde pequeñas, casualmente ella, lo había dejado el mes pasado con su novio con quien llevaba años, al pillarlo con otra. Yo estaba siendo su punto de apoyo, además, también trabajábamos juntas, teníamos un

centro de belleza, yo era la peluquera y ella la esteticien.

Para que mentir, me daba rabia que el hombre por el que había apostado, ahora me dejara tirada como a una colilla, sin haberle hecho nada. Me había dedicado a él por completo, estaba completamente enamorada y ahora, solo sentía rabia y ganas de terminar esta etapa de mi vida.

Preparé mi cesta con la toalla y mis cosas, comeríamos en cualquier chiringuito, para que complicarnos, así que me fui directa a por ella, que, al llegar, ya me estaba esperando desesperada en la calle.

—¡Tía, que lenta eres...! —se quejó montándose en el coche.

— Tú, que es desayunar y parece que te ponen un cohete en el culo para que salgas de tu casa, yo me tomo el desayuno relajada, además, Lucas llegó a las diez de la mañana.

¡Flipa!

— Así estoy yo, también le dije de hablar luego y que uno de los dos se debía ir, me dijo que, por él, ya podía yo, ir haciendo las maletas — soltamos una carcajada.

— Pues hazlo, vente a mi casa y así compartimos gastos — juntó sus manos a modo de súplica.

— No creas que no lo he pensado...

—¡Hazlo! Mira, juntitas pagamos la casa, los gastos del negocio y nos apoyamos la una a la otra. Si te alquilas otro piso, es una gilipollez, doble gasto, doble de todo... — Volvió a implorar con sus manos.

— Vale, lo pensaba hacer — le saqué la lengua —. Aprovecharé que mañana es domingo para recoger las cosas, meterlas en el coche e irme — le guiñé el ojo.

— Joder, vas a tener que dar unas cuantas vueltas. No te vayas a creer que aquí — le dio dos golpes al salpicadero — van a entrar todas tus cosas al momento...

— Pero en una mañana lo saco todo, paso de estar un día más con él, me agobio.

— Haces bien, si quieres yo voy con mi coche y te ayudo. No sé si será buena idea que yo aparezca por allí, pero estoy dispuesta a presentarme con mi Seat Ibiza y llenarlo hasta reventar — reímos.

— Lo sé, yo te aviso si necesito ayuda — le acaricié la rodilla.

Llegamos a la playa de Las Teresitas, la preferida de nuestra isla, Tenerife.

Alquilamos dos hamacas, Rebeca fue a por dos cervezas y nos tumbamos

allí en plan solteronas, jóvenes y con ganas de empezar a vivir la vida, esas vidas, que habían estado unidas a personas que ahora se convertían en extraños para nosotras.

Esta playa lo bueno que tenía, es que era como una cala, bajo un pueblo que estaba en la montaña y que le daba un ambiente pintoresco. Además, en Tenerife, casi todas las playas son de arena volcánica negra y esta, es de arena blanca con aguas cristalinas.

— Susi, estaba pensando que te quiero con locura — dijo bebiendo de la cerveza y brindándola hacia el mar.

— ¡Tonta eres...! — solté una carcajada — No te me irás a poner sentimental, ¿no?

— No, pero tenía ganas de decírtelo.

— Aunque no me lo digas, a mí no me cabe duda. Yo también te quiero mucho, ya sabes que somos como hermanas.

— Si te paras a pensar, siempre hemos ido en paralelo: nuestros primeros amores fueron a la vez, y al mismo tiempo terminaron, ahora esto, nos han durado casi lo mismo. Creo que estamos predestinadas para vivir juntas, hasta que la muerte nos separe — escupí el trago de cerveza que acababa de tomar.

— ¡Joder!, que serio te ha quedado eso — puse ojos en blanco.

— ¡Niña!, es por dar intensidad a nuestras vidas, si esperamos que nos la den otros...

— Tienes razón — no podía parar de reír.

— Vaya suerte la nuestra, hemos ido a dar con dos tontos que no han sabido hacernos felices, ¡con lo fácil qué es!

— Lucas, desde luego que me ha defraudado.

— Pues anda que a mí el estúpido de Enrique...

— Bueno, ahora toca nueva vida, es primavera y la sangre altera, que sea eso y no los dos tontos estos...

— Pues sí, esta noche deberíamos irnos de marcha — dijo Rebeca poniendo cara de no romper un plato.

¡ — Nos vamos! — Levanté la cerveza y le di un buen trago.

— Vamos a salir, hace mucho que no lo hacemos, ¡claro que sí!, nos pondremos nuestras mejores ropas y... ¡A la calle a triunfar!

— Bueno, tampoco te pases...

— ¡Qué no me pase dice...! Somos dos bombones acabados de salir del cascarón. Dos bellezones — me guiñó un ojo.

No podíamos parar de reír. Delante de nosotras, se pusieron dos yogurines. Rebeca y yo, nos miramos entendiéndonos perfectamente, se pusieron en las hamacas que habían delante de nosotras, yo quería cortar la risa por mi conversación con mi amiga y la de ahora que le ayudaba a no parar, la aparición de esos dos rubiales, con un moreno caribeño impresionante.

— Parecen australianos... — dijo en voz baja Rebeca.

— No, estos son holandeses o alemanes — respondí casi segura.

— Mira, uno ha mirado hacia aquí y ha sonreído, el del pelo más largo — dijo disimulando.

—¿Qué dices? ¡Estás flipada!

— No... — Empezó a saludar ante mi asombro.

Me giré y allí estaban Zipi y Zape, bocabajo mirando hacia nosotras y saludando como la Reina Isabel de Inglaterra.

— Tía, que vergüenza, siempre estamos dando el cante —dije mientras saludaba de igual manera y sonreía falsamente, enseñando hasta las muelas.

— Calla Susi, que estos nos pagan esta noche las copas.

Solté una carcajada abismal, mi amiga como siempre con sus pronósticos, lo peor de todo es que no fallaba.

Ellos dejaron las manos quietas, solo charlaban en dirección a nosotras, como quien no quiere la cosa, pero se notaba a leguas, que querían llamar nuestra atención.

— Por mi vida, que estos se están haciendo los interesantes. ¿Qué se creen? Vamos, si voy a mandar a la mierda a Lucas, a estos los mando directamente al ... Mejor me callo... — solté una risa — Pero es que están en plan, chicos simpáticos, pero muy chulescos.

— Hija, no jodas el momento, que hace años que no recuerdo como se ligaba — dijo bajando un poco sus gafas.

— Yo, casi ni recuerdo como se besa — puse mi camiseta sobre mi cara.

— Vienen hacia aquí— dijo nerviosa.

—¿A qué? A mi no me digas eso — dije sin quitarme la camiseta de la cara, tirada boca arriba en esas hamacas.

—¡Buenas tardes! — dijo uno de ellos.

—¡Hola, chicos! — dijo Rebeca tan contenta.

Me retiré la camiseta.

— Buenas tardes — levanté la cabeza como un avestruz, sonriendo falsamente.

—Somos Paul y Mel, queríamos invitaros a una copa.

Que cursilada, pensé.

— Pues ella es Susi y yo Rebeca —intervino rápidamente mi amiga.

— Encantada — dije levantando la mano con un ojo cerrado por el sol.

— Sentaos — Rebeca señaló la arena, por poco me muero de la risa.

Ellos le hicieron caso, se sentaron frente a nosotras, que estábamos en las hamacas, y en medio, una mesita de madera. El camarero llegó y pedimos cuatro cervezas.

—¿De dónde sois? — preguntó Rebeca.

— De Lanzarote, hemos venido mi hermano y yo a pasar unos días.

—¿Sois de las islas? Pensé que erais alemanes — dije descaradamente.

—¿Un alemán con este color y esta gracia? — dijo Paul.

—¡Uy lo que nos ha dicho! — respondió Mel.

— Venga chicos, no me vengáis con melodramas que no cuela. Parecéis europeos, de los de arriba, de Bélgica para allá— dijo Rebeca señalando hacia arriba —, pero vuestro acento, os delata, mi amiga y yo, no hemos dado una. Mis pronósticos hoy, no han sido muy acertados.

—¿Y, cuál fueron vuestros pronósticos? — dijo Paul levantando sus gafas.

—Que erais de Alemania o de Holanda — solté rápidamente.

—¡Vaya ojo! — exclamó y soltó una carcajada Rebeca — No damos una amiga.

— Chicas de verdad, que error más grande habéis cometido — negó con la cabeza.

—A mi no involucrarme que yo estoy muy calladita — dijo Rebeca, agarrando una de las cuatro cervezas que nos acababan de traer.

—¡Ahora la culpa va a ser mía...! — protesté mirando el botellín.

— Hemos llegado esta mañana, ha sido dejar las cosas en el hotel y venirnos para acá, estamos en Puerto de la Cruz. ¿Qué zona es la más animada por la noche? Preguntó Paul. De los dos, era el que parecía mayor, pero más impresionante bajo mi punto de vista.

—La zona más animada, será donde vayamos nosotras — sonrió Rebeca, después de decir esa burrada que casi me hace estallar de risa.

—Entendido. Y... ¿Adónde vais a ir vosotras? — preguntó Mel.

—Donde nos llevéis vosotros — soltó Rebeca descaradamente.

— Solo nos tenéis que decir donde recogeros — soltó felizmente Paul.

—Joder, acabamos de llegar a la playa y ya nos quieren echar — bromeó Rebeca.

—No chicas, queremos asegurarnos de que no acabe el día sin vosotras — dijo riendo Mel.

—Tela, estos dos tienen tela...Te lo digo yo — dije mirando a Rebeca.

—Ya me he dado cuenta... — respondió mi amiga ante la risa de ellos.

Nos pusimos a reír los cuatro. La verdad es que fue un soplo de aire fresco conocer a Paul y Mel. Era eso que te hacía falta para ayudarte a olvidar un pasado, comenzar a vivir un presente lleno de nuevas personas, de nuevos aires y de un nuevo todo...

Estuvimos un rato charlando, hasta que se acabaron las cervezas, por supuesto, pedimos otra ronda.

Nos contaron que, aparte de hermanos, eran grandes amigos y que solían hacerlo todo juntos. Tenían en Lanzarote una clínica dental privada, de ahí sus sorprendentes sonrisas, los dos eran dentistas.

— Pues mira, yo me tengo que hacer una revisión. — dijo Rebeca, chulescamente.

— Pues ven a Lanzarote y tendrás gratuitamente todo lo que necesites — respondió Mel.

—Y si vosotros queréis cortaros el pelo, o ir bien depilados, podéis acudir a nuestro centro gratuitamente — dije irónicamente.

—No está mal saberlo... — dijo Paul, guiñándome un ojo.

Después de unas risas, nos fuimos todos a bañarnos al mar, estuvimos allí un buen rato. Paul y Mel, fueron al chiringuito y trajeron unos burritos, otra ronda de cervezas y unas patatas fritas con salsa brava.

Los dos tenían un acento que para nada tenía que ver con el canario, pero es que habían estudiado fuera y viajado mucho, algo que le hacía tener una mezcla muy graciosa, pero de lo más raro.

Nos contamos un poco de nuestras vidas: que al día siguiente me iba a vivir con Rebeca, algo que, según ellos, era la excusa perfecta para celebrarlo los cuatro esa noche, reímos mucho sobre ello.

Paul, se notaba más atento conmigo y Mel, con mi amiga, se notaba, aunque

estuviéramos todos juntos, las miradas y los gestos nos delataban a todos.

En algunos momentos me sentía culpable, no había abandonado mi casa aun, y ya estaba quedando con dos tíos desconocidos para salir esa noche, aunque por otro lado pensaba...

<<No me atendió, me descuidó y ahora le importo un pimiento>> ¿Por qué iba a sentirme culpable?

Pasamos todo el día con ellos y por la tarde, nos despedimos quedando en vernos para cenar y tomar copas.

Dejé a Rebeca en su casa, iba muy emocionada con la cita, pensaba que aquello nos había salido bordado. Yo me reía, la verdad es que el nuevo plan me daba vidilla.

Quedé en recogerla dos horas después.

Capítulo 2

Cuando llego a casa, Lucas no está, mejor para mí, no me apetecía verle la cara.

Me ducho, me sirvo un zumo de tomate con sal y pimienta y seguidamente me pongo una falda corta negra con una camiseta blanca de tirantes y unas sandalias blancas de tiras, con un pequeño tacón y me pinté los labios en rojo pasión. Me veía bien, hacía mucho que no me arreglaba tanto.

Salgo de casa para recoger a Rebeca. Al verla me reí, iba igual que yo, pero con la falda blanca, sandalias y camiseta negras, al contrario que yo, parecíamos un ajedrez.

Dejamos el coche aparcado en su casa y pedimos un taxi, nada de conducir, la noche era nuestra.

Allí estaban sentados, en el restaurante que daba al mar, esperándonos con una sonrisa que quitaba el hipo. Estaban guapísimos, de lo más pijo, pero con un toque de niños surferos que te hacían babear.

— Estáis guapísimas — dijo Mel.

— Totalmente de acuerdo — respondió Paul.

— Ustedes también. ¿Verdad, Susi?

— Por supuesto — dije ruborizada. Mi amiga como siempre, metiéndome en compromisos.

— Chicas, hemos pensado que os trasladéis esta semana a nuestro hotel, os invitamos nosotros, es un todo incluido muy divertido y podemos pasarlo en grande — dijo Mel, ante nuestro asombro.

— Yo digo ya, que sí, pero hay un problema: nosotras trabajamos de lunes a viernes, de diez de la mañana a tres de la tarde, donde nos relevan las dos chicas que tenemos contratadas hasta el cierre de las ocho — puso cara de pena.

— Bueno, pues os vais a trabajar después de desayunar y os esperamos

cuando salgáis, el día es muy largo y se puede disfrutar igual — dijo Paul

—Yo acepto, pero con una condición — sentenció —. Nosotras pagamos nuestra parte — me encogí de hombros.

—No estamos de acuerdo — dijo Mel, hablando por los dos.

—Ni yo — soltó riendo Rebeca —. Para una vez que me van a invitar a mí, no pienso pagar — todos reímos a la vez.

—¡La leche! ¿Serás descarada? — Le puse mirada de asesina.

—¡Así se habla! — dijo Paul, a lo que había soltado Rebeca.

—Pues vale, aceptamos — dije resignada —. Pero, yo debo hacer la mudanza a primera hora, dejar las cosas en casa de ella y...

—Nuestra casa... — irrumpió Rebeca

— Vale, pues eso, dejar las cosas allí y ya nos podremos ir.

—Qué marrón tienes mañana... — dijo Rebeca.

—Nosotros te ayudaríamos, pero creo que no sería buena idea — soltó Paul, una carcajada le acompañaba.

—No, no lo es, pero yo sí voy a ir contigo Susi, lo hacemos entre las dos. Además, llevaré mis maletas vacías y así las llenas, entre los dos coches, en una vuelta lo hemos trasladado todo.

—Vale, lo veo genial.

—Y si me cruzo a tu ex, como me diga lo más mínimo, saco la metralleta — hizo una mueca y todos soltamos unas risas.

—Tranquila, no dirá nada, lo máximo que hará será aplaudirnos cuando salgamos por la puerta - dije sonriendo irónicamente.

—Pues si aplaude, nosotras le hacemos una reverencia y nos vamos tan panchas — me guiñó un ojo.

—¡Esa es la actitud! — Aplaudió Mel.

—Otra no nos queda... — reí.

— Sí, mandarlo a tomar por culo — dijo Rebeca.

— Ya, pero no está bonito — reí

—Lo que no está bonito es que sigamos hablando de esos energúmenos— levantó la copa de vino y nos invitó con la mirada a hacer lo mismo —. Por esta semana de vacaciones que nos espera en él, todo incluido.

—¡Eso es! — dijo Paul, mientras todos reíamos.

Mi amiga me tenía nerviosa, no paraba de darme pataditas a modo de señal, con la mirada también me hablaba y es que la conocía mejor que a nadie.

Paul, también me tenía cardíaca con sus miradas, sus gestos, su todo. El tío

era de lo más sensual y sabía cómo poner nerviosa a una mujer.

En definitiva, yo no dejaba de mirar a Mel, pues era el que más tranquilidad y risas me emitía, sería porque no me mandaba mensajes y estaba más pendiente a mi amiga, cosa que esa me sacaba de quicio. Así que intentaba estar más atenta a él, que a su hermano el cual solo conseguía ruborizarme.

Después de la cena nos fuimos a un bar muy movidito que había en la zona de Puerto de la Cruz. Nos pedimos unos mojitos, nos quedamos de pie junto a un barril a modo de mesa, disfrutando de la música y Rebeca, moviéndose por todos. No parábamos de reír mirándola, era la reina de la terraza.

Al final, Mel y Rebeca, se pusieron a hablar entre ellos, al igual que Paul y yo.

— Me da cosa el mal momento que vas a pasar mañana dejando la que ha sido tu casa...

—Ya, pero bueno, lo haré rápido y ya está. Es algo que hace mucho tiempo debí haber hecho, pero imagino que me aferré a la idea de que todo volvería a ser como antes. Tonta de mí, ha sido todo lo contrario, estoy viviendo con un total desconocido que apenas me habla y que vive su vida independientemente de la mía.

—Ya. Deduzco que lo quisiste mucho — dijo poniendo su mano en mi hombro y acariciándome como muestra de apoyo.

—Sí, aun lo quiero, aunque ya no lo amo. Él con su actitud, consiguió que se fuera ese cosquilleo que me hacia sentir, esas ganas de abrazarlo, ese sentimiento que hace sentirte que estás enamorada. Él se lo cargó con sus desplantes y acciones, pero le quiero. No podré olvidar cuando murió mi madre... Al quedarme sola, pues mi padre murió cuando era pequeña, rápidamente me propuso el irnos a vivir juntos. Me cuidó mucho y apoyo, por eso siempre le querré, a pesar de que perdiera la ilusión por mí e hizo que yo también la perdiera.

—Se nota por tus palabras, que eres una gran persona...

—Es agradecimiento, un mal acto no puede borrar todos los anteriores, al fin y al cabo, no me ha hecho algo tan malo como para odiarlo, ni mucho menos. Sí, duele su indiferencia, pues es lo que ha conseguido que yo sienta por él, pero por lo demás, no puedo más que agradecer el apoyo tan grande que fue cuando me quedé sola.

—Te entiendo... ¿No tienes hermanos, primos, tíos, abuelos...?

—No, solo a Rebeca, desde pequeñas somos como hermanas, siempre estamos la una para la otra y sus padres me quieren como una hija. Cuando

murió mi madre, me ofrecieron irme a vivir con ellos y Rebeca, que aún no se había independizado, pero yo preferí irme con Lucas, pues estaba muy ilusionada con él en aquel entonces.

—Al menos los tienes a ellos...

—Sí, siempre, su papá fue quien nos prestó el dinero para montar el centro de belleza, cosa que, por cierto, nos ha ido genial, desde el primer momento. Luego, le quisimos devolver el dinero y no quiso aceptarlo, decía que éramos sus únicas niñas y que era el mejor regalo que nos podía dar.

—Qué gran hombre...

—Sí qué lo es, y su mamá también, al fin y al cabo, el dinero es de los dos, pero él, es quien se encarga de esos temas.

—Claro, pues debe ser un matrimonio ejemplar...

—Sí que lo son y se quieren mucho, todos los días nos llaman al centro o van a vernos, hablan con las dos, han estado ahí siempre al pie del cañón. Nuestro negocio nos ha labrado un futuro. Al principio echábamos muchas horas, pero luego, cuando ya vimos que el negocio empezaba a dar beneficios y teníamos un dinero en el banco, decidimos contratar una peluquera y una esteticista para las tardes y así descansar nosotras, ellas también son las que abren los sábados por la mañana, nosotras lo hacemos solo de lunes a viernes. Vaya novela te estoy contando... — solté una carcajada.

—¡Para nada! Me encanta escucharte. Además, es muy gratificante que vuestro trabajo haya salido bien en los tiempos que corren, la cosa está muy difícil.

—Y la clínica dental, ¿es de vosotros?

—Sí, nos la montó nuestro padre — soltó una carcajada por la similitud con nosotras —. Empezó a ir bien rápidamente y tuvimos que meter en plantilla a tres odontólogos más, dos maxilofaciales y seis asistentes.

—Vaya... Pues sí que os va bien... — Asentí con la cabeza, alucinando.

—No podemos quejarnos. Compramos dos casas adosadas y vivimos juntos, uno al lado del otro — puso cara feliz.

—Os lleváis genial, se nota.

—Sí, nos llevamos un año y medio, así que todo lo hemos hecho juntos.

—Y con vuestros padres, ¿bien?

—Genial, siempre están para lo que necesitamos, mi padre es un cirujano reconocido y mi madre es directora de una oficina bancaria. Ella es un poco especial — rio —. Le gusta dar la última opinión en todo y a veces, opina cuando no debe — puso cara de resignación —, pero es muy buena y siempre

está ahí.

—No me la quiero imaginar cuando tenga una nuera — solté una carcajada.

—Intentaremos tenerlas alejadas de ella lo máximo posible, tanto Mel, como yo, siempre bromeamos sobre eso — rio —. Una vez estuve una temporada con una chica y la llevé a casa por el cumple de mi hermano, mi madre le hizo una radiografía con la mirada. Al día siguiente, empezó a decirme cosas de ella que ni yo me había dado cuenta, hasta que le dije que parara, pero sí, es muy especial — puso cara de resignación.

—Vamos, a mí no me invites nunca a un cumpleaños — bromeé.

—¿Por qué? Sería toda una aventura — puso los ojos en blanco.

—Déjate, para aventuras ya me las busco yo de otra manera — reí mirando la copa de mojito.

Pasamos una noche genial, eran de lo más atentos y simpáticos. A Rebeca, se la veía babeando por Mel, al igual que a él por ella. A Paul, se le notaba que se divertía conmigo y estaba cómodo, al igual que a mi con él, para que mentir. El tío ponía cardíaca a cualquiera, era guapísimo, lo tenía todo.

Sobre las dos de la mañana, decidimos irnos ya que, al día siguiente, había que hacer la mudanza y luego la maleta para irnos al hotel con ellos, así que nos dejaron en casa de Susi, pues me quedaría a dormir allí. Susi, me dio la vara, la primera media hora, no paraba de hablar de Mel. Se había quedado de lo más pillada.

—¿¡Me vas a dejar dormir...!?! - protesté.

—Tía, pero... ¿Cómo puedes dormir después de lo que nos has pasado?

—A decir verdad, estamos como dos putas cabras, irnos a un hotel con dos extraños que acabamos de conocer hoy...

—Porque están buenísimos, nos han invitado, se han fijado en nosotras y el tren no pasa dos veces.

—¡Madre mía!, a ver por dónde sale esto... — dije apagando la luz.

—Pues lo mismo nos convertimos en las mujeres de esos codiciados odontólogos...

—¡Anda, calla y duerme! — dije girándome muerta de risa.

—Desde luego, que poco soñadora...

Capítulo 3

—¡¡Rebecaaa, el café!! — gritó desde la cocina.

Que chillona era mi amiga, pero un amor de niña, así que entré al baño a asearme y fui hacia la cocina.

— Buenos días, mi niña — dije dándole un beso y ayudando a poner las tostadas y el café sobre la mesa.

— Has pasado la primera noche en tu nuevo hogar — dijo sonriendo.

—Sí, pero vamos, no vuelvo a dormir contigo, yo me instalo en la otra habitación — dije sonriendo.

—¡Claro!, anoche es que teníamos que hablar — me sacó la lengua.

— Bueno..., hablar solo hablabas tú, no había forma de mandarte a callar.

—Que exagerada eres. ¿Así tratas a tú mejor amiga?, que crueldad...

—Crueldad como no te calles, no me das tregua, déjame espabilarme — me quejé.

—¡Ains!, si no te quisiera tanto, te daba una colleja.

Desayunamos, aunque no se calló en ningún momento, ya tenía hasta preparada su maleta.

Cogimos los dos coches y fuimos a la que hasta ayer, había sido mi casa. Entramos y Lucas estaba sentado en el sofá del salón con su portátil. No levantó ni la mirada al oírnos y escuchar el ruido de las maletas de Rebeca para llenarlas de ropa.

Entramos al dormitorio y nos tapamos la boca con las manos para aguantar la risa. Saqué dos maletas y algunas bolsas que tenía y comencé a guardar cosas menos en una de las maletas, que sería la que me iba a llevar al hotel y ya estaba separando las cosas.

Realmente era ropa, productos de estética y perfumes, algún adorno mío

personal, mi portátil, tablet y poco más.

Lo que no entró en las maletas, lo llevamos directo al coche. En media hora, teníamos las dos últimas maletas listas para bajarlas. Rebeca se fue hacia el coche, y yo salía para irme para siempre.

— Lucas, me voy...

—¿Y? — dijo en plan chulesco, como si yo le hubiera hecho algo, guardando un rencor dentro de él que no podía entender.

— Que... ¡Ahí te quedas! — dije con una sonrisa y me fui para siempre.

Capítulo 4

Llegué a casa de Rebeca, y ya estaba abajo esperándome para descargar. Le conté lo que le había dicho y se quedó flipando, ninguna entendíamos aquel cambio en Lucas, pero allá él...

Dejamos todas mis cosas en la que sería mi habitación, y nos fuimos con nuestras maletas en mi coche, a pasar una de las semanas más improvisadas y alocadas de nuestras vidas.

Paul y Mel, ya nos estaban esperando en la puerta del hotel, nos saludaron, cogieron nuestras maletas y fuimos a recepción a registrarnos. Ya en el hotel tenían constancia de nuestra llegada, además, nos habían dado la habitación contigua que, casualmente, tenía dentro una puerta que se comunicaba con la de ellos.

Soltamos las cosas en la habitación y nos fuimos los cuatro a la piscina. Era como las que a mí me gustaban, con un bar dentro de ella, y ahí nos sentamos en la barra y pedimos cuatro mojitos, solo eran las dos de la tarde y pronto empezábamos...

Paul no paraba de mirarme, le gustaba mi bikini, me lo hizo saber en varias ocasiones, me decía que me quedaba genial, yo estaba ruborizada.

De ahí nos fuimos al buffet, aquello era un banquete en toda regla. Rebeca, sin vergüenza, empezó a coger de todo, pizza, paella, carne, patatas, una hamburguesa, puso su lado de la mesa, que daba miedo.

— Eres una exagerada, no te vas a comer ni la mitad — puse ojos en blancos.

—Susi, tu déjame que estoy de vacaciones y tener todo esto por delante, no es para mirarlo.

—Claro que no — dijo Mel riendo.

—A esta, la terminamos llevando a urgencias como la dejemos toda la semana comiendo lo que quiera — protesté.

—Pues prefiero terminar en urgencias que desaprovechar todas estas

delicias — soltamos todos una carcajada.

De allí nos fuimos a las hamacas de la piscina, nos pedimos otra ronda de mojitos. Yo solo de pensar que al día siguiente tenía que trabajar, me entraba el bajón, pero intentaba quitarlo de mi cabeza rápidamente.

Mel y Rebeca, se volvieron a aislar, estaban cómodos juntos, de la misma manera nos pasaba a Paul y a mí.

Así que nos pusimos a tomar el sol, mojito en mano y charlar sobre nosotros.

Nos pusimos en la barra acuática de la piscina y más de una vez, tuve la sensación de que él, estaba deseando besarme. Es más, pensaba que estaba a punto de hacerlo, pero mi disimulo y cambio de conversación, creo que lo hizo desistir.

Yo deseaba que pasara algo con él, para que iba a mentirme, pero era muy reciente lo de Lucas. Algo en mí me frenaba, era una especie de remordimientos que evitaba que sucediera algo, así de estúpida y tonta era yo, que donde ya no había nada entre Lucas y yo, seguía respetándolo como si me fueran a juzgar por mis actos.

Pasamos un día estupendo. Paul, me contó mil cosas y yo le hice mil confesiones. Por la noche nos fuimos todos a las habitaciones, Rebeca y yo trabajábamos al día siguiente, así que abrimos la puerta que comunicaba las habitaciones para vernos y, charlando y bromeando, nos quedamos dormidos.

Capítulo 5

*Mocita dame el clavel,
Dame el clavel de tu boca,
Que pa eso no hay que tener
Mucha vergüenza ni poca.
Yo te daré el cascabel,
Te lo prometo mocita,
Si tú me das esa miel
Que llevas en la boquita.*

*Clavelitos, clavelitos,
Clavelitos de mi corazón.
Hoy te traigo clavelitos
Colorados igual que un fresón.
Si algún día clavelitos
No lograra poderte traer,
No te creas que ya no te quiero,
Es que no te los pude traer.*

No me lo podía creer, en los pies de nuestra cama Mel y Paul cantando...

Solté una risa y abrí un poco los ojos.

— Ya podríais habernos despertado con otro tema más moderno... — dijo Rebeca.

—Qué poco románticas — dijo Mel —. Escucha hermano, vamos a cantarle la canción pesada y repetitiva esa. Un, dos, tres...

Despacito
Quiero respirar tu cuello despacito
Deja que te diga cosas al oído
Para que te acuerdes si no estás conmigo

—¡¡¡Ya!!! Vais de mal en peor... — protestó Rebeca ante nuestras risas.

—¡Qué sosa eres hija! — dijo Mel — Ya no le cantamos más a Rebeca, solo a Susi, ella al menos se ríe.

—A ver — dije para disculparla —, resulta que mi amiga — le acaricié la mano — tiene un despertar muy especial y hasta que no se toma un café, es la niña del exorcista.

—Pues por eso os hemos despertado, para que nos dé tiempo a desayunar juntos antes de que os vayáis a trabajar — me guiñó un ojo Paul.

—Mañana os voy a despertar yo cantando por la Rocío Jurado — dijo Rebeca, antes de dirigirse al baño.

Nos miramos los tres, aguantando la risa, la verdad es que aquellos hermanos tenían el cielo ganado con nosotras.

Bajamos a desayunar y el buffet era impresionante, nos sentamos en una mesa al aire libre, para poder fumar.

Nos tocó una camarera que solo sonreía a los chicos, se llamaba Fanny, según ponía en la chapa de su camisa.

—Que estúpida es, ¿no? — dijo Rebeca con mala cara.

—Un poquito... — respondí.

—No le echéis cuenta, tendrá un mal día — dijo Paul.

—¡Los cojones un mal día!, para sonreírles a ustedes, no lo tiene — soltó mi amiga.

Soltamos una carcajada, a Rebeca había que saberle aguantar su mal despertar. Vi de lejos que la tal Fanny, le decía algo a su compañera mientras miraba hacia nuestra mesa.

—¿Lo ves? Ya les he declarado la guerra.

—Relájate Rebeca... — sonreí.

—¿Pero lo has visto?

—Que sí, lo he visto, pero ¿qué más da...?

—Pues mucho, imagínate que uno de ellos es mi marido y vengo de luna de miel, no es una buena actitud para una trabajadora, eso no es ser profesional.

Ahí sí que estallamos en risas los tres. Rebeca nos miraba con el semblante serio y la chica volvió para traernos el café que faltaba.

—Aquí tiene el café señor — dijo con una amplia sonrisa poniéndolo delante de Paul.

—Qué simpática eres... — dijo con ironía y una falsa sonrisa mi amiga.

—Gracias — dijo retirándose sin apartar la mirada a los chicos.

—A ver si se cae la tonta — volvió a decir Rebeca sin quitar su cara seria.

—Que maldad tienes, hija... — dijo Mel.

—Poca, para lo que le puede pasar como me vuelva a tocar los ovarios — dijo con una sonrisa perversa.

—Paul, ¿te imagina dejar a Rebeca y a mamá a solas...?

—¡Calla! Lo había pensado — soltaron una carcajada.

—A mi tu madre me dura un telediario — dijo chulescamente.

—Sí, no lo dudo, y hasta menos... — respondió Mel.

—Juntas no duráis ni cinco minutos — dijo Paul.

—Bueno, ella en su isla y yo en la mía — no había forma de que se callara.

Al final terminamos todos descojonados y a Rebeca, se le fue pasando ese mal humor mañanero.

Nos acompañaron hasta el coche y quedamos en volver a la salida del trabajo.

—Hija los tiene acojonados, los acabamos de conocer, nos han pagado esta semana de hotel y tú en plan borde, deberías controlar ese mal humor un poquito.

—¿Tú ves normal que nos despierten con el clavelito?

—¡Rebeca! Si es lo más bonito que nos han hecho al despertar.

—Será a ti, a mí me han hecho cosas mejores... — hizo una mueca.

—Sí ya...

—Y a la Fanny esa, tú verás, le pienso dar la semanita.

—Qué drástica eres hija, piensa que solo quiso ser simpática, está bien que solo lo hacia con los chicos, pero pasa ya de ella mujer, no vamos a joder las vacaciones de ellos y las nuestras por esa tía.

—Ya veremos... La tengo entre ceja y ceja.

—Bueno, pues eso ya te lo vas a quitar.

Llegamos al trabajo, la mañana pasó volando, increíble pero cierto. Hubo mucha clientela y eso hizo que las horas se esfumaran rápidamente.

Volvimos al hotel y ellos, nos esperaban en la terraza de la piscina donde había un pequeño buffet para los clientes que no les da tiempo de ir al restaurante en el horario de almuerzo, así que cogimos pizzas y unas hamburguesas, a ellos se les iluminó la cara al vernos. La verdad, es que eran dos encantos.

Las miradas de Paul, me hacían sentir cada vez más, que me querían decir algo. Estaba segura de que, en breve, pasaría algo entre nosotros, en el fondo lo deseaba, aunque el complejo de culpabilidad siempre rondara por mi cabeza, pero Lucas pasaba de mí, y yo, ya era libre. Entre nosotros no quedaba nada, todo estaba terminado.

Pasamos todo el día en la piscina, incluso cenamos allí, después de tomarnos unos cocteles, subimos a ducharnos y a dormir para ir a trabajar al día siguiente.

Me dormí pensando en todas las miradas, charlas y momentos de esos que se te graban en la retina. Estaba feliz junto a Paul, pero me daba miedo de que corrieran los días, se fuera y lo que es peor aún, que jamás volviera a saber nada de él.

Capítulo 6

Abrí los ojos y todo estaba en silencio, me di cuenta rápidamente de que nuestra cama estaba adornada con algunas flores y una nota.

“Estamos en el buffet esperándoos para desayunar. Hoy no nos pilla el mal genio de la Rebe. Besos. Mel y Paul”

Solté una carcajada.

—¿De qué te ríes? ¿Y estas flores? — preguntaba mientras yo le daba la nota y la leía — Qué gracioso, ¿no? — dijo estúpidamente.

—Desde luego tu mal despertar no hay forma de solucionarlo — negué enfadada con la cabeza.

—¿Y a ti que te pasa?, ni que no me conocieras...

—No entiendo que tiene que hacer el pobre chico para tenerte contenta, ya no hablemos de Paul que casi no tiene vela en este entierro, ¿pero Mel?, deberías ser más agradecida.

—Sí lo soy, después de los tres primeros cafés — dijo entrando al baño.

En el fondo me tenía que reír, ella era así, con su lado bueno y no tan bueno, pero una gran persona, con él, pero despertar del mundo.

Bajamos a desayunar y allí estaban, en la misma mesa del día anterior.

—¡Buenos días, chicos! — dije dándole un beso a cada uno en la mejilla — Gracias por las flores — les guiñé un ojo.

—Sí, porque la nota es una mierda, acusarme a mí de mal despertar... — dijo llamando a la misma chica del día anterior para que nos sirviera el café.

—Es verdad, tu no tienes mal despertar, solo un lento proceso de recuperación — bromeo Mel.

—¡Qué gracioso eres...! — dijo mi amiga con una cara de, te doy una

piña...

—Para nada, no tengo tanta gracia como tú — le guiñó el ojo.

—Paso de ti hasta que vuelva del trabajo. Ponme un café corto — dijo mirando a Fanny.

—¿Y usted? — preguntó dirigiéndose a mí.

—Lo mismo, gracias.

—Qué sería está esta hoy, lo mismo no ha follado esta noche — dijo Rebeca señalando a la camarera y causándonos un ataque de risa a todos.

—Pues como tú, ni más ni menos — le saqué la lengua.

—Pero yo al menos no tengo esa cara...

—¡Nooo!, tu despertar es un derroche de simpatía — bromeó Mel.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿¡Yooo!?! Dios me libre — dijo aguantando la risa.

—Lo dicho, paso de ti hasta que vuelva del trabajo — dijo encendiendo un cigarro.

—Como ayer y como serán todos los días — respondió Mel.

—Efectivamente, veo que lo pillas rápido...

Paul y yo rompimos en risas, escucharlos a los dos era buenísimo, la ironía de Mel y el mal humor de Rebeca, eran dignos del guion de una película de humor.

Volvimos al trabajo, quedando en volver a vernos a medio día, al llegar al centro recibí un mensaje de Paul.

“Me encantas. ¿Te vienes conmigo esta tarde? Mel quiere estar en el hotel, al igual que Rebeca, pero he pensado que quizás tú, quisieras acompañarme a subir el Teide.”

Una sonrisa iluminó mi cara, me había encantado ese mensaje, me hacia sentir más especial aun y, además, me apetecía estar a solas con él.

“¡Claro!, luego te acompaño. Además, con quién mejor que verlo conmigo, una autóctona de la isla.”

No tardó en contestar, cuando salí de cambiarme, ya tenía otro mensaje.

“Perfecto, cuando comamos, nos cambiamos y vamos. Me has hecho el

hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Me gustas...”

Era la segunda vez en menos de cinco minutos que me decía que le gustaba o encantaba, yo moría de amor. A mí eso, que queréis que diga, me alegra la vida y si encima venía de Paul, me llegaba al alma.

Pero no, no le pensaba responder que a mí también me gustaba, no se lo iba a poner tan fácil, así que como en una nube, atendí a la primera clienta y me pasé toda la mañana con una sonrisa de felicidad que no podía quitarme de la cara, ya le había dicho a mi amiga que me iba al Teide después de comer. ¿Su respuesta? Pues me dijo, que mejor para ella. Así de sincera era.

Llegamos al hotel y almorzamos con ellos. Rebeca estaba en la fase de simpatía, los cafés ya le habían hecho efecto.

Fui a la habitación a cambiarme, nos despedimos de Mel y Rebeca y nos subimos al coche que habían alquilado y de ahí, rumbo al Teide.

— Me apetecía estar contigo a solas — dijo mientras arrancaba el coche.

— Me alegra — dije poniéndome colorada como un tomate.

— No es que me moleste ni mi hermano, ni la del mal despertar — soltamos una risa —, pero tenía ganas de concentrarme solo en ti, de saber más, de perdernos en el punto más alto de la isla, de experimentar estar a sola los dos...

— Te entiendo...

Qué le decía, ¿que yo también lo deseaba? ¿Qué respondía ante aquello? Pues nada, me quedé callaba y él, puso la radio donde se oían temas comerciales y nosotros íbamos tarareándolos.

Diez minutos después, su mano empezó a acariciar la mía a la vez que cantaba la canción de Alejandro Sanz y Melendi.

Déjala que baile con otros zapatos
Unos que no aprieten cuando quiera dar sus pasos
Déjala que baile con falda de vuelo
Con los pies descalzo dibujando un mundo nuevo
Déjala que baile...

Me encantaba, se me hacía super irresistible, me gustaba como acariciaba mi mano mientras cantaba, me gustaba todo de él, pero volvía mi complejo de culpabilidad, ese que estaba empezando a darme por saco todos los días al

lado de Paul.

—¿Cuál es tú música favorita? — preguntó.

—Pues casi toda, escucho de todo, en el centro tenemos preparada música variada para todas las horas, reguetón, salsa, bachata, música comercial, de otras épocas, nos gusta escuchar de todo.

—A mi también, aunque soy mucho de música de los ochenta.

—Yo también.

—¿Te gusta leer?

—Me encanta, leo romántica, suspense, investigación, un poco de todo.

—Yo leo mucho sobre otras civilizaciones y también de casos criminales resueltos.

—Interesante, leer te abre la mente.

—Leer y viajar — sonrió.

—Yo nunca he salido de la isla — dije con cara de resignación.

—¿¡En serio!?! — preguntó asombrado.

—Sí, varias veces que he estado apunto de salir de viaje, pero, pasó algo y a la mierda los planes.

—Eso lo pienso solucionar.

—Qué pasa, ¿me vas a llevar de viaje?

—Claro, si tú quieres.

—Pues claro que quiero viajar — sonreí haciendo un gesto de evidente.

El camino se hizo corto a pesar de las curvas, pero hablando con él, iba de lo más a gusto. Una vez arriba nos hicimos unos cuantos selfis, en uno de ellos me robó un beso que quedó plasmado en una foto.

Negué con la cabeza nerviosa.

—¿Te molestó? — preguntó sonriendo

—No — dije con voz entrecortada y las mejillas sonrojadas.

Se acercó y me dio uno de verdad, no fue corto, fue lento y con mucho cariño, juntando nuestras lenguas, mientras me abrazaba con mucho tacto, erizándome la piel, como nunca antes nadie lo había conseguido.

Estuvimos un rato arriba, me agarraba la mano, abrazaba, besaba, bromeaba, haciéndome sentir un cosquilleo en el estómago.

Bajamos tarde, avisamos a los otros, que no cenaríamos con ellos, así que

paramos en un restaurante de carretera y nos comimos una bandeja de carne a la barbacoa.

Cuando llegamos al hotel, Mel estaba con Rebeca en nuestra habitación, se notaba que había pasado algo entre ellos. Mel dijo que de allí no se movía y me fui con Paul a dormir, descojonada, cerrando la habitación para darles más intimidad.

Paul se puso a saltar de alegría y abrazarme, le encantaba que pudiéramos dormir juntos. Solo hicimos eso, dormir abrazados y besarnos, sin prisas, sin dejar de disfrutar aquellos momentos tan bonitos que estaba pasando entre el y yo.

Capítulo 7

— Abrí los ojos al sentir el abrazo de Paul, alguien comenzó a aporrear la puerta que conectaba las dos habitaciones, ya sabía de quien se trataba, obvio, no podía ser nadie más que ella.

¡Abre, tengo hambre!

Paul y yo, nos miramos riendo.

— Pues ve al buffet — dije riendo.

—Voy a abrir, aviso por lo que estéis haciendo.

—Pues abre. Se cree el ladrón que todos son de su misma condición...

La puerta se abrió rápidamente y ya estaba la niña de las malas caras mañaneras.

— Buenos días — dijo con una amplia sonrisa en la boca.

—¡Joder!, que bien te ha sentado dormir con Mel — dijo Paul.

—¿A qué sí? No lo sabéis bien... — Nos sacó la lengua y se sentó al pie de nuestra cama. Mel, se estaba duchando.

—Susi, por cierto, hoy curramos, pero vamos a hablar con el turno de tarde para que mañana y pasado nos cubran durante todo el día. Que hagan doblete y nos lo cogemos de descanso para disfrutar y la semana que viene le cubrimos dos días a ellas. ¿Qué te parece?

—¡Genial! — dijo Paul, sin dejarme contestar, aplaudiendo entusiasmado.

—Sí, es genial, luego cuando nos releven se lo comentamos.

—¡Ole yo! Soy la mejor pensando — dijo aplaudiéndose.

—Pero esta noche vuelves a dormir con mi hermano, para que amanezcas con esa sonrisa siempre.

—Vale, de aquí al sábado estaré riendo, siempre y cuando duerma con él —

puso cara de emocionada.

—Por cierto, voy intentar cambiar el vuelo al lunes, así aprovechamos que ustedes no curráis hasta entonces.

—Eso sí que es una idea de las buenas — dijo Rebeca poniéndose las manos en el pecho a modo sorprendida.

Mel que lo había escuchado, salió rápidamente del baño para hablar.

— Demasiado tarde, ya he cambiado yo los billetes— guiñó un ojo.

—¿En serio? — pregunté.

—Y tan en serio... — dijo ante mi asombro.

Nos fuimos a desayunar, los chicos se vinieron con nosotras para el centro, iban pasar la mañana paseando, pero antes, querían conocer nuestro lugar de trabajo.

Media hora antes del relevo, ya estaban Paul y Mel, sentados en el sofá del centro, esperándonos y bromeando.

Hablamos con las chicas, dijeron que sí que no había problema, así que nos despedimos del trabajo hasta el lunes, con una sonrisa de oreja a oreja y dispuestas a pasar las vacaciones de nuestras vidas, pues podríamos beber y disfrutar hasta altas horas de la madrugada.

Comimos por la zona de los Lagos Martiánez, para luego entrar a tomar una cerveza y darnos unos baños allí.

Mel y Rebeca, estaban enganchados el uno al otro en todo momento, se les veía muy cómplices y cómodos, al igual que Paul y yo, que se nos iban escapando los besos en cualquier lugar y momento.

Estábamos los cuatro tumbados en las hamacas, cerveza en mano, cuando de repente, veo a Lucas frente a nosotras, bañándose con otra, a la que no solo le comía la boca, sino que le metía la lengua hasta la garganta.

— Hijo de puta... — dije.

Paul y Mel, dirigieron la vista hacia donde yo miraba y Rebeca soltó otro disparate.

— Eso era lo que le pasaba al cabrón... ¡Tenía a otra!

—¿Ese es tú ex? — preguntó Paul.

—Sí, ese mismo — puse cara de asco.

—¿Queréis que nos vayamos? — preguntó Mel.

—¡Un mojón!, que se vaya él si quiere, vamos, sí no, ¡ahí se queda! Me

importa tres pepinos. Es más, esto me ha hecho abrir los ojos y ahora, sí que me lo voy a pasar bomba, sin remordimientos, ni pollas en vinagre, ahora comienza mi vida...

—¡Así se habla! — aplaudió Rebeca.

De repente vemos que Lucas mira hacia dónde estamos y nos descubre. Rebeca y yo, casi sincronizadamente, levantamos la mano, saludando con los dedos y una sonrisa de oreja a oreja. La cara de Lucas era un poema. Levantó la cabeza a modo saludo desganado, yo casi tengo que aguantar la risa, aquello era un cuadro.

—¿La conoces a ella? — preguntó Paul.

—No la había visto en mi vida, pero debería ir a darle las gracias por llevarse a ese gilipollas — solté una risa.

—Y yo a él, por dejar ir a la mujer más bonita y simpática del mundo, esa que espero que nunca se me vaya.

—¿Estás hablándome de futuro? — pregunté con gesto de, ¿perdona?

—¿Te gustaría?

—No, no me contestes la pregunta con otra pregunta.

—Ah, ¿no? — dijo levantándose, cogiéndome en brazos y tirándose conmigo al mar, a unos metros de mi ex.

Me dio un beso, uno de esos largos, con cariño y con ganas, sobre todo con ganas de que mi ex, viera que yo tampoco estaba sola.

— Gracias — dije abrazándolo por el cuello.

—¿Por?

—Por esto, por saber dejarme en buen lugar y por hacerme sentir que no soy inferior a nadie.

—No lo eres, aunque yo no hubiese estado aquí en este momento, no eres menos que nadie y, sobre todo, no eres menos que ese que no supo valorarte como mereces.

—Gracias...

—¡Y dale con las gracias...! Que no me debes agradecer nada, solo yo a ti, por dejarme conocerte.

—¡Te faltó tiempo, hija...! — Escuche la voz de Lucas chillando, andando hacia su hamaca y mirando a la piscina, a donde estábamos los dos.

Paul me apartó y se puso mirando hacia él.

—¡Sí, le faltó tiempo, cinco años antes debió hacerlo! ¿Algún problema?

—¡Ninguno, te la regalo y si quieres, le pongo hasta una moñita!

—¡A mi tú no me regalas nada porque no tienes clase para eso y menos, cuando hablas así de una mujer, así que el único que la pone una moñita soy yo, y no te pases...!

—¡Para ti enterita...! — dijo sentándose en su hamaca.

— ¡Por supuesto qué es para mi enterita! — Le guiñó un ojo chulescamente.

Mel se tiró a la piscina y se puso a nuestro lado, les dije que pasaran de él, que le dieran por saco, que no robara nuestro momento.

—¡A falta de uno, dos! — volvió a chillar Lucas.

Le saqué el dedo y le dije lo mismo que el día que me fui.

—¡Ahí te quedas!

—Ese tío es gilipollas... — dijo Paul.

—Pasar de él — miré a Rebeca que estaba en la hamaca flipando y le dije con el brazo que viniese a la piscina.

Nos pusimos a nuestra bola, a divertirnos y a pasar de Lucas. Diez minutos después, cogió y se fue con su acompañante.

Nos reímos, aunque era una lástima acabar de esa manera tan vulgar y con tanto despecho con la persona con la que habías compartido cinco años, pero la vida continúa y el verlo con aquella chica, me hacía más fuerte.

Sobre las ocho volvimos al hotel, a hacer el guiri...

Sí, el guiri, cenamos tal como llegamos, sin cambiarnos y luego nos fuimos a la zona de la piscina, a beber mojitos y bailar todas las canciones del verano frente a un cantante local que estaba amenizando la noche.

Dos horas después, llevábamos todos un puntazo del alcohol que era para temernos. Teníamos entre la Rebe y yo, a todos los huéspedes siguiendo nuestros pasos, nosotras a la derecha, ellos allí también, nos seguían en todos los movimientos, incluso Mel y Paul, que bailaban descojonados haciendo videos y fotos.

El cantante, pobrecito, hasta las canciones que interpretaba se la íbamos diciendo nosotras, no le dejábamos elegir, pero como éramos el alma de la fiesta de los ingleses, alemanes y holandeses, él nos complacía.

A las dos de la mañana seguíamos bailando, pero ya sin cantante, solo con la música del bar de la piscina, donde se suponía que estaba prohibido

bañarse cuando no había socorrista, pero allí dentro estábamos los cuatro, copa, cigarro en mano y cantando al ritmo de la música, sin que nadie nos dijera nada. No sabíamos si era suerte, que pasaban de nosotros, o nos dejaban bajo nuestra responsabilidad, pero nadie nos molestaba.

—¡Roberrr! — gritó Rebeca al camarero que estaba en la barra y que la miró riendo y negando con la cabeza

— ¡Cuatro mojitosss!

Roberto, hizo el gesto de ok con el dedo y riendo, era un encanto, no podía ser de otra manera, pues sonreía a pesar de la noche que le estábamos dando.

Subimos a las habitaciones a las cuatro de la mañana, borrachos como una cuba y riéndonos de todo, ni siquiera cerramos la puerta que comunicaba las habitaciones ya que estuvimos de risas y charlando desde la cama, hasta que fuimos cayendo fritos.

Capítulo 8

Me desperté, miré a Paul y estaba sonriendo, luego miré al frente y la puerta estaba cerrada.

—La cerraron ellos — dijo Paul riendo.

—Imagino... — sonreí.

Paul, se pegó a mí y me dio un beso en los labios. Comenzamos a besarnos con pasión y desenfreno, sus manos comenzaron a recorrer todo mi cuerpo y comenzó a desnudarme. Sabía lo que iba a pasar, pero estaba dispuesta, es más, deseaba que sucediera.

Era tierno, sensual, provocador, me provocaba muchas sensaciones mientras jugaba con cada rincón de mi cuerpo, hasta conseguir llevarme a un primer orgasmo brutal, luego se puso un preservativo y comenzó a hacérmelo con fuerza, pero a la vez con ternura, era difícil de explicar. Los dos acabamos agotados ante el orgasmo que nos llegó a la vez, ese que para mí había sido el segundo en menos de cinco minutos.

De repente Rebeca comenzó a aporrear la puerta.

—¿¿¿Se puede???

—Claro mujer, tú la cerraste — dijo Paul guiñándome el ojo y riendo.

—A Mel, le duele la barriga, dice que tiene hambre — se encogió de hombros.

—Tienes tela... — respondió Mel.

—¡Ahora déjame por embustera, me has dicho que te lo comerías todo!

—Claro, es verdad — puso cara de circunstancias —. Pero todo aquí, no en el buffet, de todas formas, tú me entendiste.

—¿Yo? ¿Entender a un hombre? ¡Nunca! — bromeó Rebeca.

—Venga vale, vistámonos y nos vayamos a desayunar ¿Cuál es el plan para hoy? — preguntó Paul.

—A mí me da igual — dije.

—Yo me quedaría todo el día en el hotel, me tomé hace dos horas un Ibuprofeno y ya estoy nueva, puedo volver a arrasar con todo el alcohol de la barra de la piscina.

—Yo, lo que digáis — respondió Mel, poniendo cara de resignación por lo que había dicho Rebeca.

—Yo realmente, no sé ni lo que quiero — dijo riendo Paul.

—Cuando mi hermano dice eso, es que quiere aventura, os lo digo yo.

—¿Qué tipo de aventura? — pregunté.

—Coger el coche e ir a la deriva, improvisando — dijo Mel, ante la sonrisa de Paul.

—Pues podemos hacer eso, un poco de shopping, de turismo, de carretera, de improvisar y parar donde nos apetezca — dije.

—Venga, pues eso haremos, me apetece perderme por esta isla — Paul, lo tenía claro, tenía razón su hermano.

—Bueno, tanto como perderte... Le puedes dar cuatro vueltas, pero perderte, cómo qué no — solté una carcajada.

Bajamos a desayunar y estaba la loca de Fanny, otra vez ahí para atender nuestra mesa.

— Buenos días. ¿Qué van a tomar? — dijo mirando exclusivamente a los chicos.

—Mira, ellos van a tomar lo que nosotras digamos — dijo chulescamente Rebeca —. Así que nos vas a poner dos cortados y dos cafés largos con un poco de leche. Gracias — dijo y miró a los chicos con una sonrisa y un, ¡qué se joda!

Ella se fue y los cuatros soltamos una carcajada, luego fuimos a por unas tostadas y todo lo que pilláramos por el buffet.

— Esa es gilipollas... — dijo Rebeca volviéndose a sentar.

—Qué más da, ni caso — intenté suavizar.

—A mí no me da igual...

—Callaros que ahí vuelve con los cafés — dijo Paul, en voz baja.

—Aquí tenéis — dijo Fanny colocándolos.

—Muy amable — respondió Rebeca, con una sonrisa tan falsa, que se notaba a leguas.

—Qué falsa eres hija, se te notaba tela — le recriminé.

—Esa que no me toque la moral, que le voy a poner en la encuesta una estrella menos, la voy a dibujar hasta yo — dijo echando el azúcar al café.

Paul y Mel se reían, estaban flipando con la loca de mi amiga, aunque Mel, babeaba con sus cosas, era algo que no podía fingir. Es más, no había un momento que no la estuviese mirando, observándola y con una sonrisa de tonto pillado alucinante. Paul, ese tampoco se quedaba atrás, aunque los dos éramos menos locos, Mel, encajaba por carácter mucho con Rebeca, los dos se sabían picar bromeando, y tenían su chispa.

Capítulo 9

A la aventura, listos para irnos y montados en el coche. Paul de conductor, yo de copiloto y los otros dos detrás, la música de nuestra emisora favorita y con ganas de perdernos por la isla.

Paul se puso a conducir sin ningún destino en concreto, nadie le sugirió nada. En el fondo, todos queríamos eso, ir a la aventura, a lo que surgiera, a pasar un día divertido entre amigos.

Terminamos en el sur de la isla, hacia un día refrescante, nos pusimos a caminar por una playa llena de puestecitos y tiendas. Yo me compré un gorro blanco, llevaba un traje playero corto y negro, así que me lo coloqué con mis gafas negras grandes y más feliz que un ocho.

— Te queda genial — dijo Paul agarrando mi mano y besándola.

—Gracias — dije ruborizada.

Los otros dos, iban delante dándose manotazos, no sé de qué irían hablando pues se daban cada golpe en los hombros que se tambaleaban, pero iban muertos de la risa. Paul me miró sonriendo y negando con la cabeza.

— Son tal para cual — dijo.

—Ya veo... — reí.

—Es muy divertida y graciosa, es lo que mi hermano siempre anduvo buscando, él es igual, sale a mi padre que es de lo más bromista y simpático.

—Y tú... ¿A quién te pareces? — pregunté poniendo cara de pánico, al recordar lo que me habían contado de su madre.

—Efectivamente — afirmó con la cabeza evitando reír —. A mi madre, con la diferencia de que yo no soy tan saca pegas hacia la gente — puso ojos en blanco.

—¿En serio es tan quisquillosa?

—A ver, es pone pegas, a todas les encuentra algo, pero en el fondo es un amor.

—¿Cómo de amor? — Puse cara de susto.

—Pues a ver... Seguro que contigo congeniaría bien, pero con ella — señaló a Rebeca —, se tirarían los trastos — soltó una carcajada.

—Mejor no quiero ni pensarlo...

—Mejor, mejor.

Me echó el brazo por el hombro y besó mi mejilla. Ya me estaba yo imaginando en una mesa a Rebeca frente a su madre, soltándose tiritos las dos y haciendo pasar un mal trago a Mel. Me parecía de lo más gracioso, pobre chico, mejor que eso nunca sucediera por el bien de su salud mental.

Fuimos a comer en frente del mar, un pescado frito delicioso, en un chiringuito de lo más hippy. El ambiente era perfecto, la música hacía más animado el lugar, así que disfrutamos de una comida de lo más divertida. Entre Mel, que no paraba de buscar la lengua a mi amiga y ella, que soltaba disparates sin pensarlo, creo que teníamos a todas las mesas de alrededor, pendiente de nosotros. Yo estaba de lo más cortada, pero riendo y Paul, no paraba de negar con la cabeza.

De ahí fuimos a darnos un baño, luego volvimos al coche y fuimos al interior de la isla, parando en un montón de miradores, para tirarnos selfis con las vistas que solo aquella altitud, nos podía ofrecer.

Estuvimos recorriendo lugares que nosotras ni siquiera habíamos pisado y que eran espectaculares, metidos en medio de la nada y con todo lo que la naturaleza ofrece a la vez.

Retornamos al hotel sobre las nueve, pero antes pasamos por delante de un restaurante que nos gustaba, de carnes a la brasa y paramos.

Maldita la hora que paramos...

Rebeca comió con tantas ansias la carne, que empezó a vomitar, no había forma de se le cortara y no la podíamos meter en el coche así, además, ella no era como los demás, no, ella chillaba con cada arcada como si se le fuera la vida. Aquello era para vernos... Mel echándole agua por el cuello, Paul aguantándola y yo limpiándola.

Dos horas después, por fin empezó a mejorar, la recostamos en el coche y volvimos al hotel. Subimos directos a las habitaciones, entré con ella en la ducha para asegurarme que no le pasaba nada y luego, todos a dormir ya que estábamos reventados del día y, sobre todo, de las últimas horas.

Capítulo 10

—¡Vamos chicas, arriba, que tenemos una sorpresa para vosotras! — gritó Mel, que se encontraba con Rebeca.

—Buenos días — sonreí sentándome sobre la cama.

—¿¡Qué sorpresa!?! — dijo malhumorada Rebeca ante la risa de nosotros.

—Mírala, se nota que no le dieron buen despertar — bromeé.

—Una que se da cuenta... — respondió poniendo con expresión irónica.

—Buenos chicas, preparad ropa que nos vamos hasta el domingo.

—¿A dónde nos vamos? — pregunté sorprendida.

—¡Sorpresa! — dijo Mel, tirándose encima de Rebeca y plantándole un beso — por cierto, ropa para noche fresquita y día de agua.

—Estos nos llevan de camping a la playa, te lo digo yo... — dijo mi amiga.

—En cualquier lugar lo pasaremos de muerte, cuarenta y ocho horas de aventuras seguro — respondí.

Fuimos a desayunar, lo metimos todo en el coche y nos fuimos directos a un puerto cercano.

Aparcamos, cogimos las cosas y ... ¡A navegar!

Paul y Mel, habían alquilado un yate durante cuarenta y ocho horas. Nosotras nos quedamos boquiabierta, ellos tenían permiso de navegación. El barco era una pasada: dos camarotes, cocina, baño, salón, terraza exterior, solárium, algo impensable...

Los chicos nos dejaron allí y fueron a un supermercado. Una hora después, llegaron cargados de bebidas, comida, de todo para pasar un fantástico fin de semana en alta mar.

Nos íbamos a navegar. ¡Aquello era genial!

Salimos del puerto y fuimos mar adentro, con la música, Mel al mando y Paul conmigo en la cocina organizándolo todo, mientras tomábamos una cerveza bien fría.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

—Paul... ¡Me ha encantado!

—A mí más, saber que hemos acertado me hace muy feliz. Tengo una felicidad enorme y rabia a la vez...

—¿Rabia...?

—Sí, el lunes está a la vuelta de la esquina, solo me quedan tres días para estar contigo, me crea inquietud y un poco de nerviosismo, el no saber qué pasará luego — dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué te gustaría que pasara?

—Muchas cosas, pero imagino que el tiempo dirá...

Se hizo un silencio...

<< ¿Por qué no me hablaba claro? >> Pensé.

A mí también me inquietaba el saber que volvería a su isla. Gracias a Dios, esa isla estaba cerca, pero todo era un misterio, no sabía si no lo volvería a ver, si volvería a hablar con él, no sabía nada. Solo de que estaba en un momento muy mágico y bonito de mi vida, ese que quería aprovechar hasta el último minuto junto a él.

Dejé la cerveza sobre la encimera y me subí a ella, luego lo sujeté y lo atraje hacia mí para abrazarlo y ahí, mi corazón habló solo.

— Paul, quiero que sepas que estoy encantada y feliz de haberte conocido, no esperaba pasar esta dolorosa tormenta tan felizmente pues has llegado a mi vida para que no cayera, cuando mi mundo se estaba derrumbando. No sé si nos volveremos a ver, a hablar, a cualquier cosa, pero lo que el tiempo y tú decidáis, yo estaré ahí siempre.

Me abrazó y se puso a llorar, lo noté rápidamente porque sentí sus lágrimas sobre mis mejillas, me quedé atónita y sin entender nada.

— Paul... — dije echándome hacia atrás para ver su cara, esa que estaba inundada en un mar de lágrimas y con los ojos tristes — No entiendo nada... ¿Te pasa algo? — dije con cara de preocupación.

—Pasa que, te he mentado...

—No entiendo... — respondí impresionada.

—No te lo he contado todo...

—Pero Paul, yo tampoco te he contado todo de mi vida, nos conocemos de muy poco tiempo para tanta información, mientras no seas un asesino, delincuente o similar, creo que no deberías sentirte culpable por no haberme contado todo — le decía eso, pero en el fondo, no quería escuchar que me

dijera que estaba enamorado de otra, o yo que sé. Usé esa estrategia a ver si cantaba.

—No te lo mereces, debí contarte la verdad desde el principio...

—¿Y por qué no empiezas ahora? — Me encogí de hombros en señal de que no tenía importancia — Haz como si nos hubiésemos conocido ahora, total, cuatro en días no hay mucha diferencia — bromeé —. Hola, me llamo Susi, ¿y usted? — Saqué la lengua y le guiñé el ojo.

—Me llamo Paul — sonrió con el corazón partido, eso se le notaba —. La mujer con la que estoy a punto de casarme, está de despedida de soltera en el Caribe, y yo estoy celebrándolo aquí con mi hermano, en lo que se suponía que iba a ser una semana de relax, pero no, apareces tú. Solo quería una amistad contigo y ahora no quiero volver a Lanzarote sin ti, no creo que quiera ni casarme — se puso las manos en la cabeza y comenzó a llorar mirando por la ventanilla, hacia el mar.

¿Yo?, con cara de tonta y con un dolor en el pecho como si me hubieran clavado mil puñales, las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas.

—¿Mel también tiene pareja? — pregunté con un nudo en la garganta. En ese momento se me hacia un dolor más inmenso aún, que mi amiga también estuviera ajena a algo así.

Negó con su cabeza, sin mirarme, mirando al mar.

— No, él no está con nadie — dijo en voz baja.

Un silencio se hizo en la cocina, no sé cuánto tiempo duró, a mí se me pasaba de todo por la cabeza: de irme del yate, de quedarme y disfrutar de él hasta el último momento, de conseguir que no se casara, de mil cosas. Cosas que no sabía cuál podía o no tener sentido, momentos que ahora iban a explotar en mi cabeza.

Ni siquiera me sentía culpable por estar con él, lo que me arrancaba el alma es que se me escurriera de las manos.

No sabía qué hacer ni que decir o cómo actuar, solo sabía que mi estómago estaba sintiendo muchas mariposas por él.

Me puse a su lado, aparté su vaso de cerveza, mirando al mar, al mismo infinito que estaba mirando él.

— No sé qué decir... — dije en voz baja — Necesito un abrazo — eso me salió del alma.

Paul se giró y rápidamente me abrazó, se puso a llorar desconsoladamente, sabía que lo hacía de impotencia, pero pese a mi dolor, había algo en mí que lo entendía. En tan poco tiempo, habíamos vivido momentos mágicos, momentos que su rostro reflejaban felicidad, eso no lo podía haber fingido y ahora estaba entre dos tierras, un acontecimiento que le iba a cambiar la vida y un encuentro conmigo que quizás, había puesto su mundo patas arriba.

— Perdóname, Susi, perdóname...

—No Paul, no tengo nada que perdonarte, no me debías nada, nos conocimos, aceptamos pasar unos días con ustedes sin saber absolutamente nada, ahora no te puedo reprochar algo que no tiene sentido pues no me prometiste nada...— realmente no estaba segura de sí lo que le decía lo sentía de verdad, pues en el fondo, me había causado mucho dolor.

Paul seguía llorando con impotencia, me dio un fuerte abrazo y luego se separó, dio un trago a su cerveza mientras negaba con la cabeza.

Yo estaba flipando. Entre mis paranoias, el dolor de él, la boda y todo lo demás, era para que nos encerraran a todos en el psiquiátrico.

Salí hacia afuera, lo dejé en la cocina con su dolor, pero a mí me estaba entrando tal agobio y ansiedad, que ni siquiera Lucas, me había provocado algo parecido, en su vida.

Susi me vio, vino rápidamente a mi lado y se sentó conmigo, dejé la copa sobre la mesa, ella, ya me había visto la cara y me conocía.

—¿Qué pasa? — dijo poniendo mi pelo detrás de mi oreja — ¿Te lo contó ya? — preguntó triste.

—¿¿¿Lo sabías...??? — Puse ojos de asesina.

—Me lo acaba de contar Mel, se sinceró y me dijo que Paul, estaba haciéndolo contigo, le dijo que te lo iba a contar. Yo me he quedado muerta, la rabia depende del grado de dolor que sienta tu corazón — dijo acariciando mi pelo.

—Estoy saturada, no sé cómo me siento, estoy rara, como si me importara una mierda o un mundo, en los dos extremos...

—¡Esto lo arreglo yo!

La miré alucinando, se fue hacia dentro del barco, no sabía si le iba a cantar las cuarentas a Paul, o de lo contrario, hacer de celestina. Lo que quiera que fuera, ya no me daba tiempo a pillarla, ya estaba en la cocina y yo, pasaba de

ir a liar nada, estaba floja, solo quería no escuchar.

Me encendí un cigarro y recordé a Lucas, que ya estaba con una. Eso que me habían hecho a mí, ahora se lo estaba haciendo yo y Paul a otra...

Me apoyé sobre la mesa, con mis manos en la frente, estaba que, por mucho aire puro que corriera del mar, yo me estaba ahogando.

—¡Ya estoy aquí! — Apareció Rebeca, con una botella de Vodka en las manos y cuatro vasos de chupitos.

— Estás loca, apenas es la una — dije negando con la cabeza.

—Estamos de vacaciones, va a parar el barco en aquella cala y de ahí no nos vamos a mover, así que es hora de emborracharnos, es la única manera de que nos encontremos a nosotros mismos — dijo chulescamente.

Sirvió los cuatro vodkas, nos pusimos en la mano la sal y en la otra sujetábamos el limón e hicimos el ritual: sal, chupito y limón.

Paul apareció más relajado, pero con el semblante triste, al igual que Mel, que ya había anclado y se lo tomaron también.

Paul volvió a entrar y poco después salió con unos paquetes de patatas, aceitunas, unas empanadas y un montón de cosas para comer en plan, no tengo ganas de cocinar.

— Solo quiero decir una cosa — dijo Mel, volviendo a rellenar los cuatro chupitos y poniendo uno delante de cada uno —. Pase lo que pase, quiero que sepáis que tanto mi hermano como yo, estamos seguros de que sois una de las cosas más bonitas e importantes que nos ha pasado en la vida.

—Que exagerado eres... — dijo Rebeca.

—Lo digo de corazón.

—Yo estoy de acuerdo con mi hermano — dijo Paul en voz baja y triste.

Yo seguía muda, ¿qué podía decir? Estaba en shock.

—¿Cuándo te casas? — pregunté delante de todos sin mirarlo y en voz baja, mientras abría el botellín de cerveza.

—El sábado...

—¿¡El sábado!?! — dijimos Rebeca y yo al mismo tiempo.

Paul afirmó con la cabeza.

— A mí no me da tiempo en una semana elegir el traje para ir a tu boda — bromeó Rebeca.

Me mordí los labios y negué con la cabeza. A veces me daban ganas de matarla, mira que era graciosa, pero en más de una ocasión agradecería de que se callara.

Que fuese el sábado, me había producido un malestar y mareo que pensaba que me iba a caer. Follaba conmigo a una semana de su boda, vamos ni en las mejores películas. Esto era para alucinar. ¡Se casaba en una semana! ¿Qué esperanzas tenía yo? Ninguna, que esto solo durara el tiempo de estas últimas vacaciones de soltero.

Suspiré tan fuerte que los tres me miraron. Cogí la botella de vodka y rellené los chupitos, necesitaba caer redonda, borracha como una cuba y dormir la mona unas cuantas horas.

Me bebí el chupito, di un trago a la cerveza y me tiré al mar, necesitaba refrescarme, sentir el agua fría en mí cuerpo, deseaba sacar de mi cabeza mucha de la información que ahora me bombardeaba.

Subí diez minutos después.

—¿Cómo te sentó el baño? — preguntó mi amiga.

—Bien — dije mientras me enrollaba la toalla —. Necesito descansar un rato. Perdonadme, luego vuelvo.

—¡Claro! — dijo Mel y Rebeca.

Paul, no dijo nada. Me fui al camarote y me cambié de ropa, me eché sobre la cama, hasta quedar por fin dormida.

Capítulo 11

Miré el móvil, eran las cuatro de la tarde, había dormido como dos horas, al menos, había desconectado algo mi mente.

Estaba triste, pero no sentía rencor hacia Paul, sabía que los momentos que habíamos pasado juntos, él, los sentía de corazón, tendría que ser muy buen actor de lo contrario.

Salí fuera y Paul seguía sentado en el mismo sitio, levantó la cabeza al escucharme.

—Hola, ¿y los chicos? — pregunté al no verlos.

—Fueron a comprar hielo, se nos olvidó hacerlo esta mañana.

—¿Cómo estás? — pregunté sentándome junto a él.

—Muerto en vida...

—No digas eso, Paul...

—No debí mentirte, no debí hacerlo, es lo que más me duele, eso y saber que estoy a pocos días de casarme con la persona equivocada.

—Piensas eso..., ¿en serio?

—Sí — afirmó también con la cabeza, mientras volvía a llorar —. Desde que te conocí, mi vida empezó a cambiar y conforme han pasado los días, me he dado cuenta de que lo que mi corazón siente estando contigo, no lo siente cuando estoy con ella. La quiero mucho, eso es innegable, pero me he dado cuenta que no estoy enamorado de ella.

—No sé qué decirte...

—Tranquila, no digas nada, demasiado haces con no mandarme a la mierda y estar aquí sentada a mi lado, escuchándome y preocupándote por mí — me cogió la mano y la besó suavemente.

—Prométeme que no te olvidarás de mí y que una vez al mes, me enviarás un mensaje diciendo que estás bien.

—Por supuesto, espero venir a verte algún día, ahora me tendré que

enfrentar a la decisión que tomé. Esta semana llegan invitados de todas partes. Está todo preparado, a mi madre no le puedo hacer esto porque la liaría, tengo que hacerlo, aunque sé que va a ser un suicidio en toda regla — dijo negando con la cabeza.

—Lo mismo eres feliz...

—Si no te hubiese conocido, seguro que habría pensado que lo era. Pero ahora, sé que no te podré sacar de mi cabeza.

—¿Vais de luna de miel?

—Sí, el lunes siguiente, salimos para Kenia, vamos a un safari y luego a las playas de Mauricio.

—Vaya... ¡Qué envidia!

—No digas eso, que cojo, me escapo en algún momento y nos vamos los dos más adelante — dijo riendo y llorando al mismo tiempo, sin soltar mi mano.

—¡Acepto! — dije bromeando.

Mel y Rebeca aparecieron en aquel momento.

— Mira el Facebook capulla, que nos pidieron amistad — dijo Rebeca riendo, señalando a los dos hermanos.

—Ah, no lo vi, ni siquiera entré, ahora lo miro y me pienso si aceptarlos — dije sacando la lengua, en el fondo así sabría de él, pero si era el típico que lo colgaba todo, me iba a comer la boda, la luna de miel, y toda su vida, no sabía si eso me terminaría de matar.

Mel puso cuatro mojitos, estaba delicioso, el chico tenía mucho arte para hacerlo, era una delicia para el cuerpo, la música era ideal, pues aquello parecía un funeral. Paul, estaba muy tocado y hundido, yo, más de lo mismo, pero intentaba guardar la compostura.

Me lo tomé en menos que canta un gallo y me tiré al mar, necesitaba refrescarme.

Ví como Paul también me siguió y se tiró junto a mí, nos miramos y nos fundimos en un fuerte abrazo, con un tierno y fogoso beso, ese en el que nos transmitíamos, que queríamos estar juntos los pocos días que nos quedaban.

— Te voy a llevar en mi corazón — dijo Paul, mirándome a los ojos y agarrándome, flotando sobre su cintura.

—Vale, pero no me borres nunca del Facebook, quiero ver que conseguiste ser feliz — dije con un nudo en la garganta.

—Prometido, jamás lo haría, pero quiero decirte algo, siempre que escriba algo a las diez en punto, significará que ese mensaje va para ti. Lo haré de tal manera, que se pueda leer con doble sentido, pero serás lista y lo entenderás, siempre que sea así para ti, será a las diez en punto, ya sea de la noche o de la mañana.

—¿Y si es a las diez y cuarto? — pregunté sacando la lengua.

—Siempre que marque las diez, será para ti, da igual de los minutos que vaya acompañado.

—Vale, siempre que yo escriba a las once u once y pico, también irá para ti — dije sonriendo.

—No suelo escribir mucho en Facebook, más bien ella me etiqueta, o mi hermano o mis amigos, pero pondré frases cuando necesite que te llegue algo en ese momento.

—Vale...

Ya me veía pendiente todos los días al Facebook, sufriendo por un amor que pertenecía a otra, pero saber que podía llegarme algún mensaje por su parte, me hacía feliz.

El día lo pasamos entre mojitos, comiendo y bañándonos, por la noche estábamos ya todos con un subidón de cojones, con la música a toda voz y bailando todos los temas comerciales que ponían en la radio.

Luego fuimos al camarote y desfogamos todos los deseos contenidos, entregándonos como si fuera el último día de nuestras vidas, viviendo el momento como queríamos, estando el uno con el otro.

Capítulo 12

Amaneció un nuevo día, pero él no estaba a mi lado, me aseo y salí afuera, allí estaban los tres desayunando.

—¿Habéis madrugado? — pregunté.

—Buenos días, tanto como madrugar no, nos hemos levantado a las diez, tu eres la que has dormido más, son las doce pasadas — dijo Paul, sirviéndome un café recién hecho de la cafetera.

—Tengo resaca — me quejé tocando mi frente.

—Toma un ibuprofeno, es lo que nos lo ha quitado a todos — dijo Paul.

—Hoy nos vamos a navegar a alta mar, así que yo, hoy no bebo — dijo Mel.

—Ni yo — respondí con la resaca impresionante que tenía.

—Creo que nos lo bebimos todo ayer, así que no creo que hoy nadie sea capaz — dijo Paul.

—Bueno, ya veremos cuando esta noche estemos en una cala atracados y refrescados de todo el día — respondió Mel.

Me comí dos tostadas gigantes, el hambre me podía, además de dos cafés, luego me di un buen baño en el mar y ya salimos a navegar, así que me tiré en una hamaca a tomar el sol, junto a Paul, que no paraba de hacerme caricias y muestras de cariño.

Pasamos un día estupendo, entre baños, comilonas y música suave, luego por la noche nos fuimos a atracar al muelle donde al día siguiente entregábamos el barco.

Nuestra última noche en el yate — dijo Rebeca con cara triste.

—Bueno, al menos lo has disfrutado — respondí.

—Me he dado cuenta de que me gusta la vida en el mar, tenemos que reunir dinero y comprarnos uno — bromeo Rebeca.

—Sí, el lunes ponemos una hucha — le saqué la lengua.

—Bueno en Lanzarote tenemos uno, podéis ir cuando queráis — dijo Mel.

Rebeca sonrió, yo no quise mirar la cara de Paul y me hice la loca ante aquel comentario, no me veía en aquella isla, el yate y el hombre que había robado mi corazón estaría casado con otra.

Esa noche nos dieron las dos de la madrugada, amándonos en el camarote, disfrutando de la penúltima noche juntos y a pocas horas de volver al hotel, donde pasaríamos nuestra última noche de estas vacaciones tan extrañas. Donde encontré a una persona que se convirtió en alguien muy importante para mí y donde pasé una de las semanas más bonitas de mi vida.

Capítulo 13

Me despertó con besos, caricias y todo lo que yo deseaba de él. Apenas hablamos, nuestros cuerpos lo hacían por nosotros.

Salimos a desayunar junto a los otros, un rato después vino el chico del yate y nos fuimos hacia el hotel.

El día lo pasamos tirados en las hamacas, como cuatro almas en pena, se notaba que se acercaba el momento de acabar lo que tan feliz nos hacía. El día pasó rápido y nos fuimos a dormir tempranos, en el fondo, teníamos la necesidad de pasar mucho tiempo de la última noche juntos.

Nos devoramos a besos, hicimos el amor tres veces, y nos dormimos abrazados de la misma manera que nos levantamos.

La tristeza se notaba esa mañana de ese maldito lunes. Bajamos a desayunar, luego subimos por las maletas y salimos los cuatro del hotel para despedirnos, nosotras a coger nuestro coche y ellos el suyo para ir al aeropuerto.

El corazón en un puño, Paul no dejaba de llorar en silencio, solo me abrazaba con el corazón encogido, para al final despedirnos, posiblemente para siempre.

El trayecto a la peluquería lo pasamos en silencio y tristes. Por mi mente pasaba toda la semana, todas las palabras, las caricias, todo aquello que me había arrancado mi corazón y mi alma.

Ese mañana pasó lenta, casi no avanzaba el reloj. A mí me faltaba todo, estaba ahogada en la pena.

Cuando salimos de trabajar nos fuimos hacia la que ahora sería mi nueva casa junto a Rebeca. Ella hablaba por wasap con Mel, solo de ellos, lo mío ya era punto y final, a eso, ya era imposible ponerle dos puntos más.

Me pasé toda la tarde organizando mi habitación, colocando cosas y muerta

en vida, no podía sacar de la cabeza a Paul, sus recuerdos se agolpaban en mi mente de forma rápida y yo, me sentía con el alma en los pies.

A las once me fui a la cama, después de cenar una pizza que había hecho Rebeca, puse a cargar el móvil y entré al Facebook, había un post de Paul, fue de las diez y cinco de la noche, significaba según él, que era para mí.

“En un mundo donde conformarse no debería ser una opción, es un error para el ser humano.”

¿Conformarse? ¿Hablaba de conformarse? Pues era el primer tonto que lo iba a hacer, si era realidad lo que me decía ¿Por qué casarse con alguien que te das cuenta de que no es capaz de conseguir que solo sientas por ella?

¿Quería decir otra cosa con ese post?

Mas abajo había un comentario de una tal Patricia Soler.

“Mi vida, nunca te conformes, somos un tándem perfecto para conseguir nuestro objetivo.”

¡A tomar por culo! Su novia, Patricia, ajena a todo, sin entender el doble o triple sentido que podía llevar ese mensaje.

No quería pensar, puse el móvil sobre la mesa y me volví a descansar.

Capítulo 14

Sonó el despertador a las ocho, me duché y me tomé un café rápido, luego nos fuimos a desayunar frente a la peluquería, allí nos tomábamos nuestro tiempo de nueve a diez para relajarnos antes de entrar, desayunando en esa terracita que tanto nos gustaba.

Mientras Rebeca tonteaba con su móvil, volví a entrar en Facebook, él no había contestado a su pareja, ni a los comentarios de nadie. Tenía un centenar de likes y decenas de comentarios.

<<Tengo que poner algo>>, pensé mientras pinchaba en nuevo estado.

<< ¿Qué pongo? ¡Ya!>> Comencé a escribir y le di a enviar, luego puse el móvil a un lado.

“Conformarse es de cobardes, admitir y luchar por lo que uno realmente quiere, es de valientes.”

Ni un minuto pasó cuando me llegó una notificación. Paul había dado un, me encanta. Me quedé boquiabierta...

Me eché todo el desayuno encima pensando en esa interacción que había tenido con mi post, en el fondo me había gustado que diera a mi estado eso, de alguna manera eso me hacía sentir que seguía ahí.

La mañana pasó lenta, muy lenta y yo, estaba muy deprimida. Cuando salimos de la peluquería, nos fuimos a comer a un restaurante mexicano, allí volví a mirar el Facebook y a la hora que me dijo él, había puesto otro post.

“ La mayoría de las cosas que se sueñan, dependen de uno mismo, en cada

persona está hacerlo posible o no.”

¿Este era gilipollas? ¿Qué quería decir? ¿Qué fuera a cargarme la boda? ¿Qué le pidiera que no lo hiciera? O de lo contrario... ¿Qué dependería de una decisión suya? ¿Por qué no lo hacía? Este juego me iba a empezar a poner enferma.

Tenía, como no, un comentario de Patricia.

“ El sábado tenemos una cita, te espero en nuestro sueño.”

Lo que me faltaba, esta se pensaba que todos los posts iban por ella, a no ser que él estuviera jugando doblemente, pero conociendo a Paul, apostaba a que no.

Estuvimos toda la tarde de compras en un centro comercial, luego fuimos a cenar a un italiano, ese día estábamos las dos con ganas de gastronomías internacionales.

Miré el reloj y eran las nueve y cinco, así que me tocaba poner post, Rebeca, sabía de que iba aquello y me dio algunas ideas, aunque al final puse lo que me salió en ese momento.

“A cuatro días de despedirme del Facebook, no aguanto a los cobardes que utilizan las redes para dar un ejemplo que ellos no predicán. No aguanto a las personas que van con dobleces, es cosa de cobardes.”

Rápidamente comenzaron a llegar reacciones de tristeza, likes y esas cosas. De él también, una carita triste...

Cenamos tranquilamente y cuando íbamos a pagar, entre a la red, habían pasado las diez, quería ver si había puesto algo.

Efectivamente, nuevo post...

“A cuatro días de hacer todo por lo que he luchado...”

Qué capullo, ni más ni menos, eso dolía, eso quemaba, pero le iba a dar donde más dolía, ese post lo veía algo envenenado, así que le di a me encanta y le contesté al post.

“ Qué seas muy feliz...”

A tomar por culo, ya no le iba a poner ni un post más, ni a reaccionar ante nada suyo, iba a olvidarlo como fuera, pero lo tenía que sacar de mi cabeza.

Capítulo 15

Miércoles, desayunando en esa terraza, sin hablar, muda, con el alma por los suelos y Rebeca animándome, no me hablaba ni de Mel, a la pobre le había estallado todo esto en la cara.

El día fue horrible, Rebeca tuvo que salir a arreglar unos asuntos del banco y yo me quedé sola toda la mañana, cuando llegó, nos fuimos a comer un bocata a la playa.

Nos tumbamos en las hamacas y me miró sonriendo...

— El sábado nos vamos...

—¿Qué dices, Rebeca? — No la entendía.

Sacó unos billetes de su bolso.

— Esta mañana fui a comprarlos, no fui al banco, nos vamos el sábado a Punta Cana, nueve días, siete noches, ya lo tengo todo hablado con las niñas, nos sustituirán, se les paga esos días nuestro turno y listo. Tenemos que ir a probar nuevos aires.

— Rebeca, me encanta la idea, nunca he salido de la isla y sueño con ir al Caribe, pero no estoy en mi mejor momento y creo que no seré una buena compañía.

—Sí, sí lo serás. ¡Vamos niña! Todo incluido, playa, marcha, todo a nuestros pies, nos lo debíamos, siempre lo hemos soñado, así que, ahora es el momento.

La abracé llorando, tenía ganas de desahogarme, aquello era algo que, aunque no me pillaba en el mejor momento, me iba a ayudar mucho.

—¿Cuánto te ha costado? Te lo voy a transferir...

—Lo he pagado con la tarjeta de El Corte Inglés de la peluquería, ha sido mil ochocientos euros las dos, a pagar en seis meses. Desquitarán de la cuenta de la peluquería, trescientos euros al mes, sin intereses, por lo tanto, que lo pague el negocio, todo no va a ser guardar... — Me guiñó un ojo.

La verdad es que no nos podemos quejar, lo ganamos bien y todos los meses guardamos un dinero, estamos cubiertas. Ya es hora de darnos un capricho.

Miré el Facebook, por la mañana Paul, había puesto otro estado.

“Y entonces, te das cuenta de que eres el dueño de tu felicidad.”

Me dio rabia, mucha rabia, pues no entendía nada. ¿Ahora ya era feliz? ¿Quería decir que dependía de él, a pesar de hacer algo de lo que no estaba seguro? ¡Pasaba! Me comí un trozo de bocadillo y me fui al agua a darme un frescor, pues me estaba acalorando con tantas gilipolleces de reflexiones, yo pasaba ya de poner nada, ni en su hora, ni en ninguna.

Nos dio el atardecer allí, sobre las diez de la noche, nos fuimos a casa, nos duchamos y me metí en la cama. Entre al Facebook y había otro estado.

“No hay más miedos que los que uno se forma en su cabeza.”

Desde luego, que era para volverse loca, estaba poniendo posts, que solo los entendía él, era como para andar todos los días de psicólogo para resolverlos.

Capítulo 16

El jueves no puso nada, absolutamente nada. El día se me pasó trabajando y ultimando unas compras para el viaje. Había pensado que ya no iba a cerrar el Facebook, me iba a hacer mil fotos en República Dominicana, con todos los chicos que pudiera y más. Por cada foto de su boda o luna de miel que él pusiera, yo pondría cinco, así, seguro que lo pillaba y se le quitaban las ganas.

El viernes cuando salimos de trabajar, fuimos a recoger las maletas y de ahí, directas al aeropuerto. El vuelo hacia Madrid salía a las siete, así que, allí fuimos. Nos quedamos en un hotel cerca del aeropuerto, pues al día siguiente salía nuestro vuelo para El Caribe.

Esa noche puse un post, en cuanto aterrizamos en Madrid, con una foto de las maletas...

“Iba a cerrar Facebook, pero no, mejor lo dejo para enseñaros la aventura que vamos a hacer mi mejor amiga y yo, irnos a cumplir un sueño. El Caribe nos espera...”

No dio like, me acosté y nada, estaba a pocas horas de su boda, imagino que ya pasaba de mí, pero bueno, no podía esperar nada, solo me quedaba intentar pasarlo bien y sanar un poco mis heridas.

Me levanté dispuesta a centrarme en el viaje pues ese día, se casaba Paul. Yo no quería ni pensarlo, el vuelo salía a las once, así que desayunamos en el aeropuerto, nos subimos al avión a las diez y cuarto, y miré el Facebook antes de apagar el móvil.

Nada... Yo puse uno:

“Cada uno es feliz como quiere y puede. Algunos muertos en vida y otros buscando la felicidad para no caer en eso.”

No lo iba a leer, pero bueno, ahí se quedaba para el día que lo hiciera, yo estaba en un punto en el que no sabía si le quería comer a besos, o hartarlo a hostias, pero para bien o para mal él, había puesto mi corazón patas arribas.

Capítulo 17

El vuelo lo pasé durmiendo, me tomé una pastilla que me aconsejaron y fue despegar y comenzar a roncar. Que habilidad tuve, vamos, que nos despertaron estando el avión a punto de aterrizar, no me lo podía creer, solo me levanté una vez para ir al baño, al igual que Rebeca.

Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo cuando iba bajando las escaleras del avión, una sensación rara de explicar, las manos estaban húmedas por completo, al igual que mi cuerpo.

Un cartel muy bonito donde ponía, Punta Cana nos daba la bienvenida. Nos tiramos una foto y luego fuimos al control policial, lo pasamos y listo, ¡a por las maletas!

Fuera nos esperaba un chico de color, con el pelo a rastas y un cartelito con nuestros nombres, iba uniformado de servicios de traslados y nos llevó al hotel. Yo pensé que iríamos en un bus con todos los turistas y nos dejarían a cada uno en el hotel, pero llevábamos servicio privado, mejor así. Era la hora de la comida, en Tenerife la de la cena, pero aquí estábamos con ese cambio que nos hacía recuperar ese día y yo que estaba hambrienta, estaba deseando llegar al hotel.

Fui a por dos cocteles, mi amiga estaba haciendo el registro en el hotel, luego un chico nos llevó las maletas hasta la habitación.

— Vamos a sacar las cosas y nos vamos a comer — dije alucinando con la habitación. Era impresionante, con vistas a la piscina y el mar, era de película...

—No, me dijeron que nuestra habitación no está lista, que nos daban provisionalmente esta, así que nos ponemos los bañadores, nos vamos a comer y dentro de unas horas hacemos el cambio.

—¡Joder!, pues a mí me gusta esta.

—La otra te gustará más, me han dicho que es mucho mejor...

—¿Mejor qué esta? ¡Yo, flipo!

Me puse un bañador blanco, cogí el bolso con la toalla, el tabaco, el móvil y nos fuimos al chiringuito de la playa que era estilo barbacoa a comer, y disfrutar del, todo incluido y de nuestro primer baño en el mar Caribe.

Nos tumbamos sobre una cama balinesa gigante, delante teníamos una mesa y a los lados también, como para apoyar las bebidas en unas barras de madera, pusimos los dos cocteles que habíamos pedido. Rebeca había encargado una bandeja carne a la parrilla.

— Ahora nos la traen — dijo subiéndose a la cama.

—¿Nos la traen? Pues yo veo a todo el mundo que la recogen ellos.

—Nosotros venimos con Premium, servicios extras incluidos, esta es nuestra semana — me guiñó el ojo.

Tomamos el coctel y fuimos a bañarnos, era la primera vez que probaba la sensación de estar bañándote en el mar Caribe. El agua no estaba nada fría, casi como la temperatura corporal, un poquito más fría, pero no daba esa sensación, todo lo contrario, ni había que pensarlo para adentrarte en esas aguas cristalinas, donde podías ver los peces nadando a tu alrededor.

Volvimos a la cama balinesa, había dos flores sobre ella. El personal de estos hoteles, estaba muy pendiente a todos los detalles, me tumbé bocabajo y unos minutos después, nos trajeron la comida.

—Que aprovechen... — Escuché una voz y el sonido de los platos sobre la mesa, me giré pues algo me resultaba familiar.

—¿¡Paul...!?!? ¡No me lo puedo creer! — Me tapé la cara con las manos, y comencé a llorar como una tonta.

Paul y Mel, estaban los dos. Paul vino a abrazarme y a secar mis lágrimas.

— No llores, aquí estoy, yo no soy un cobarde — dijo agarrando mi cara con sus manos y dándome un beso en los labios.

—Pero... ¿Y la boda?

—Hablé con ella y con mi familia el martes, imagina la que se lio, pero con la ayuda de mi hermano y mi padre, fue todo menos dramático.

—Tú... ¿Sabías esto? — Miré con ojos de matona a Rebeca.

—¡Claro!, pero les juré que no diría nada. Fui a recoger los billetes, ellos

lo habían comprado para los cuatro. Yo no los pagué, fue una pequeña mentira para poder ocultar la sorpresa — se encogió de hombros.

Paul y yo, nos fundimos en un fuerte abrazo, llorando, pero esta vez, de felicidad. Se le notaba libre, liberado, contento y, sobre todo, valiente.

— Me la hiciste pasar canutas con tus mensajes — protesté.

—Pues todos eran para ti y positivos, pero no los entendiste. Me hizo gracia cuando dijiste que cerrabas el Facebook, ya sabía que nos encontraríamos hoy.

—Al principio noté que Patricia te contestaba, pero es verdad que a partir del miércoles ya no lo hizo, eso me extrañó, pero pensé que era por los preparativos. Ella... ¿Cómo está?

— Ella solo pensaba en la vergüenza de anularlo todo, ni en nosotros ni en nada, aquello me hizo sentir mejor y darme cuenta, que había tomado la decisión correcta. La organización del banquete se quedó con una parte del dinero, con el viaje teníamos seguro de cancelación y lo cambié por este para los cuatro, incluso me ha sobrado dinero — sonrió —. Realmente la boda, estaba toda pagada por mí.

—¿Y tú madre?

—Se llevó dos días sin hablarme, pero luego hablamos y me entendió. Me dijo que en el fondo prefería que fuese feliz y valiente, y no un cobarde conformista. Por cierto, está deseando conocerte.

—¿¡En serio!?

—¡Y tanto...! — respondió Mel, muerto de risa — Pero no os lo pondrá fácil, os la vais a tener que ganar. A mi padre, ya os lo habéis ganado — soltamos una carcajada los cuatro.

—Por cierto, he llevado tu maleta a mi habitación y Mel, se llevó la de Rebeca a la suya— sonrió mientras lo decía.

—Ahora entiendo lo de no deshacerla y el cambio de habitación... — Negué con la cabeza riendo.

Estaba alucinando, ¡no me lo podía creer! Volvía a ser feliz, a tener a Paul, ese hombre que había dejado todos sus planes de futuro por mí, mi chico valiente que ahora, con la decisión que ha tomado, me estaba demostrando que quería estar conmigo.

Rebeca y Mel, también se veían muy contentos, aunque ellos habían seguido todos los días enganchados al wasap, pero estaban felices de estar juntos de

nuevo. Paul, tenía en su rostro una luz y una paz, que antes no había conseguido, ahora estaba radiante.

— Por cierto, he cerrado mi Facebook. Ayer abrí uno nuevo donde solo están mis padres, mis familiares y todas las personas que han entendido y respetado mi decisión cuando les he contado todo. Te acabo de mandar solicitud, acéptame.

—¡Ahora mismo!

Paul, sacó su móvil y se tiró con los cócteles y conmigo una foto en la cama balinesa, la subió al Facebook bajo mi asombro, y me etiquetó en el post.

“Por ella, tuve que ser valiente. Por ella, tengo ahora esta sonrisa.”

— Tío, es muy pronto para algo así — dije, pero en el fondo me encantaba ser la protagonista de su vida, no estar relegada a un segundo plano.

—Todos los que están en este face, saben toda la verdad. Además, todos me dijeron que querían ver esa felicidad.

Sonreí, pronto comenzaron los likes por su parte y la mía, las felicitaciones y bueno augurios. No me podía creer que el día que se suponía que iba a ser el más triste, se estaba convirtiendo en el más feliz de mi vida.

Pasamos la jornada en la playa, el hotel tenía allí un chiringuito de comida y bebida, estaba todo impecable. Todo aquello era un paraíso en el que yo, me sentía la mujer con más suerte del mundo.

Bebíamos mucho, pero no se nos subía a la cabeza, parecía que la temperatura y humedad del ambiente, hacían soltar todo el alcohol por los poros. Paul no dejaba de fotografiar todos nuestros momentos y subirlos a Facebook.

Mis amigas no paraban de escribirme privados, felicitándome por esa relación que todas desconocían. Era impresionante, hasta su madre nos comentó algún post diciendo que estábamos guapísimos y que lo pasáramos bien.

Por la tarde, tras ducharnos, por supuesto juntos, salimos a cenar. Ya de vuelta al hotel, subimos a la habitación ardiendo en deseos y dejándonos llevar por esas ganas que nada, ni nadie, podrían frenar.

Más tarde bajamos y estuvimos por el hotel, bailando, bebiendo y disfrutando hasta altas horas de la madrugada, en la que volvimos a la

habitación para amarnos y dormirnos más juntos que nunca.

Capítulo 18

Despertar entre sus brazos, tocándome como él solo sabía hacer, oliendo su piel, ese olor tan fresco y agradable que hacía elevarte a otra dimensión.

— Buenos días, mi dormilona.

—Buenos días, mi valiente — dije en voz flojita mientras me lo comía a besos.

—Estos me pusieron un mensaje diciendo que estaban desayunando.

—Pues vamos que estoy hambrienta, tengo ganas de atracar todo ese buffet que seguro, es impresionante.

—¡Claro!, es diez veces mejor que el de Tenerife.

—Exagerado...

—¿Exagerado? Ahora lo verás...

Y tanto que lo vi, no podía creer todo lo que tenía ante mí, ni en mis mejores sueños hubiera soñado con tanta variedad y calidad de comida, expuesta de forma de que daban ganas de devorarlo absolutamente todo.

—¡Qué pasada...! — dije poniendo mis manos en la cara.

—¿Has visto?

—Lo vi, lo vi...

Fuimos hasta la mesa donde estaban los chicos y los saludamos riendo por todo el atracón que nos íbamos a dar.

Desayuné como si se acabara el mundo. Paul, me regañaba, me advertía que iba a dar un gran dolor de barriga, pero a mí me daba igual, yo seguía tragando como una loca.

Luego nos fuimos a la piscina, era como la de Tenerife, pero más

impresionante aun y la barra del bar acuática, era todo un espectáculo de botellas para cocteles.

— Hoy nos vamos a hacer snorkel después de comer. ¿Os apetece? — preguntó Mel.

Todos contestamos que sí, era muy buena idea.

— Mañana vamos a ir a la excursión esa que llaman, cachondeo caribeño. Estás todo el día en un barco, comiendo y bebiendo, además de poderte bañar. Dicen qué es muy animada, todos los días se llena de gente y montan una fiesta donde todos terminan bailando tanto en el barco, como en el agua. Por lo visto, atracan en un sitio chulísimo, como en una piscina natural dentro del mar.

—¡Joder!, eso pinta muy bien — dijo Rebeca.

—Pero muy, muy bien — dije mientras afirmaba con la cabeza.

Mel y mi amiga, se fueron a la playa, yo me quedé con Paul en la piscina donde comenzamos a beber cerveza, la típica de allí, con el limón y con ese toque tan bueno que la hace tan especial.

— No sabes lo feliz que estoy... — dijo agarrándome por la cintura.

—Ni tú te imaginas lo que has cambiado mi vida desde que volviste a aparecer ayer.

—Quiero pedirte un favor...

—Dime, Paul.

—Cuando volvamos, me gustaría que vinieras conmigo a conocer a mis padres. Quiero que te conozcan ya que les prometí que lo haría para que se quedaran tranquilos al ver como eras. Sé que los vas a enamorar, aunque mi padre, ya te adora.

—Me estás pidiendo que conozca... ¿a tus padres?

—Aja...

—Eso suena a muy formal — puse cara de acojonamiento.

—Eso suena a que te amo...

—Yo también... — dije abrazándolo fuertemente.

—Quiero comenzar contigo una nueva vida, para mí ya lo eres todo, sé que eres la persona con quien formaré una familia.

—Vale, pero, que quede claro, si un día nos casamos, aquí la despedida de solteros la hacemos en conjunto — le guiñé un ojo.

Soltamos una carcajada.

— No habrá nunca nadie, lo que sentí al conocerte, me hizo entender, que eso es amor de verdad, ese que nunca había conocido y que pensaba que sí. No habrá nadie, nunca lo dudes.

—Vale, supongamos que te creo. Te recalco, que no te vas de despedida solo — solté otra risa.

—Esta despedida me fui con mi hermano porque yo paso de esas cosas — frunció el entrecejo —. Vamos, que me obligó él, y creo que fue lo mejor que hizo. Patricia quería venir aquí, al Caribe con sus amigas. Para que veas como es el destino.

—¡Ya!, tú que ibas buscando tranquilidad y voy yo, aparezco y te pongo tu mundo patas arribas.

—¡Efectivamente! — dijo dándome un beso muy cariñoso.

Un rato después vimos aparecer a los chicos. Rebeca traía una cara que percibimos rápidamente que algo pasaba. Mel, venía detrás con cara de que se le había ido a ella la pinza.

—¿Qué te pasa? — preguntó Paul.

— Tu hermano, que cree que soy tonta. Vino una mulata a pedir fuego y por poco sale él ardiendo. Vamos, que la desnudó con la mirada y encima se pusieron a charlar — puso cara de cabreo.

—¡No seas boba! La chica pidió fuego y luego preguntó si el hotel se ponía animado por las noches. Acaba de llegar con sus amigas y yo le contesté como lo podías haber hecho tú. ¡Pero claro, es más fácil decir que la desnudé con la mirada...!

—Ah, ¿y no fue así!?

—¡Pues no, lo que te ha dado es un ataque de celos!

—¿¡Celos!? ¡Lo que me faltaba por oír...!

—A ver, chicos, es una tontería que os enfadéis por eso, estamos de vacaciones, pasándolo bien. Que nadie nos joda esto tan bonito — dijo Paul.

—Anda ven, dame un beso... — dijo Mel.

—¡Lo qué te voy a dar, son dos hostias! — respondió Rebeca chulescamente, luego se zambulló y se puso en la barra a pedir una ronda de chupitos y de tequilas.

—¿No te gustaban más los de vodka? — pregunté.

—Eso en las islas en vez de tequila, vodka. Aquí, tequila y punto, con su sal y limón, como es, aunque a mí me gusta en la isla vodka, ¿aclarado?

—Claro, claro, lo que usted diga, nosotros nos tomamos — dijo Mel

aguantando la risa.

—Este me quiere dar las vacaciones, el muy gracioso... — Puso cara de resignación.

—Yo lo único que te quiero dar, es mucho amor — dijo graciosamente.

—Dáselo a la mulata... — respondió bordemente.

Paul y yo nos mirábamos aguantando la risa, los dos estaban en plena guerra. Lo bueno de aquello, era que tenían mucho sentido del humor y no llegaba a arder Troya. Solo se lanzaban indirectas y poco más, habría que aguantarlos hasta que a mi amiga se le pasara.

Fuimos a comer al buffet, donde se lanzaron todo tipo de indirectas y miradas asesinas por parte de Rebeca. Mel se lo tomaba todo con un sentido del humor y paciencia, dignas de admirar.

Más tarde nos fuimos a la playa, donde nos esperaba el barco que nos llevaría a hacer snorkel.

Nos llevaron a un lugar espectacular. El color del mar, la transparencia y el entorno, eran impresionantes. Nos pusimos las gafas, los tubos y nos sumergimos a explorar esa belleza marina llena de corales y peces, en bandadas de todos los colores.

Estuvimos casi una hora hablándonos por señas, buceando en el agua, enseñándonos todo aquello que nos impresionaba, fue un momento de lo más mágico y relajante, daba la sensación de estar en otro lugar que no correspondía a nuestro mundo.

Subimos al barco, nos tomamos un café y charlamos sobre la belleza marina y esa sensación que habíamos experimentado, yo quería repetir sin duda, otro día en otro sitio, en aquella zona había mil lugares para explorar de esa forma.

Volvimos al hotel, nos quedamos por la piscina, tomando cocteles y disfrutando, hasta que al atardecer nos fuimos al chiringuito de la playa a comer carne a la brasa y beber, mientras disfrutamos de la música latina que tan pegadiza se volvía.

Capítulo 19

Nuevo día, apenas eran las siete, esos cambios de horario hacían despertarte muy temprano, entre arrumacos y mimos por parte de Paul, aquello era tocar el cielo con las manos.

Bajamos a desayunar, los chicos seguían igual que el día anterior, mi amiga no le perdonaba lo de la mulata. Mel, ya estaba resignado y seguía en su plan conciliador y bromista.

—¡Hostia, la mulata! — dijo Rebeca mirando hacia el pasillo.

Todos miramos y ella se percató, levantó la mano sonriendo y mirando, sobre todo a Mel.

— Lo que faltaba... — dijo Paul.

—¿Lo veis cómo babea por él?

—Sí, pero eso no significa que él, babea por ella — dije para calmar la situación.

—Yo paso de él y de ella... — dijo comiendo un croissant.

—¿Pasas de mí? ¿Lo dices en serio?

—Sí, paso de ti.

—Bien, es bueno saberlo...

—Ya puedes irte tranquilamente con la mulata.

—No, no me voy a ir con ella, no me hace falta, me quedo con los que he venido, aunque le moleste a alguna...

—¿A mí? ¡Yo paso de ti!

—Me alegra saberlo.

—¿Te alegras? — preguntó cabreada.

—Sí, aunque me duela que pases de mí, me alegra no ser ajeno a ello.

Joder ya me daba pena el pobre chico.

—¿Podemos tener la fiesta en paz? — pregunté protestando.

—Esto más que una fiesta, parece un velatorio — dijo Mel.

—Por tu culpa — hizo una mueca.

—Encima... Sí que eres cabezona. Os espero en la playa.

—¡Joder Rebeca!, has conseguido que se fuera.

—Mira Susi, yo sé lo que me digo y él babea con la mulata.

—¡No seas boba! Él está aquí contigo, pendiente a ti, no tengas reacciones de niña de quince años — le recriminé.

—Ya se me pasará... — dijo queriendo zanjar el tema.

—Ahora nos vamos de fiesta al barco, quiero pasarlo bien, ¿me lo prometes?

—Claro, te lo vas a pasar de puta madre — dijo con ironía.

—Rebeca, que te conozco... — le advertí.

—Vale, intentaré ser simpática.

—Lo eres, pero cuando te pones así, te pasas de la raya.

—Venga ya — intervino Paul —, vamos donde Mel, en nada sale el barco.

Y allí fuimos, a encontrarnos con él y vivir un día de fiesta en alta mar.

¡Sorpresa! Una vez subidos en el barco, nuestra amiga la mulata, también estaba con otra amiga en la excursión. Miré a Rebeca, que estaba poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza mirando hacia el cielo.

Mel, soltó una carcajada de resignación y Paul, se puso las manos en la cabeza y se mordió el labio, mientras también negaba con la cabeza.

Algo me hacía presagiar que iba a ser una fiesta muy movidita...

El barco, que era más un catamarán tipo yate, comenzó a navegar. Rápidamente, comenzaron a servir Ron con Coca Cola a todos. La Gozadera, de Gente de Zona, estaba sonando a toda leche. Rebeca, se bebió la primera copa de un trago y rápidamente pidió otra, todos nos miramos riendo, no sabíamos por dónde iba a salir el día.

Bailaba mirando a Paul, mientras daba un trago y le hablaba con la mirada. Mi amiga estaba en su mundo y Mel, mirando al mar, de espalda a todos, tomando su copa y no queriendo mirar ni de coña, hacia donde estaba la mulata.

Rebeca estaba desfasada, se bebía los cubatas de forma rápida, con una cara de sargento retirado que no podía con ella. Me puse junto a Mel.

— Mel, no le hagas caso, se le pasará — dije guiñándole el ojo.

— Cuando se le pase, me van a tener que encerrar a mí en un psiquiátrico — bromeó riendo.

— ¡Joder!, pero que casualidad apuntarse la mulata, precisamente hoy a esta excursión — intervino Paul.

— Ya te digo... — respondió su hermano.

— ¿Qué habláis? ¿Queréis que me baje del barco? — dijo Rebeca bordemente.

— No empieces, ¿eh? Que la que preparó el viaje fuiste tú, con ellos, así que no lo jodas ahora — dije enfadada.

— Encima que te traigo a este — se fue al centro del barco a bailar, junto a la mulata precisamente.

— Madre mía, esta nos da hoy el día, la conoceré yo... — dije soltando una carcajada.

— Vamos a hacer una cosa, nos vamos junto a ella y todo lo que ella haga, lo imitamos nosotros y si nos suelta boberías, nosotros le damos la razón en todo y sonreímos — propuso Mel.

— ¡Vale! — rio su hermano.

— Veremos por donde nos sale el tiro... — dije resignada.

Fuimos hacia ella y nos pusimos a bailar, cubata en mano. Rebeca nos ignoraba, pero nosotros estábamos pegados a su culo y ahí seguiríamos, aguantando la risa. En el fondo era un comportamiento de niña pequeña, pero ella era así, un amor, pero cabezona y tonta cuando algo le jodía, como esa mulata, que nos iba a dar las vacaciones.

— Bailen y gocen, que la vida es bella — se escuchó una voz detrás de nosotros.

Al girarnos, nos dimos cuenta de que era la mulata, bailando a chillidos y queriendo llamar la atención.

— Follen y gocen, para que se te quite esa cara de nutria — dijo Rebeca, pero solo para que le escucháramos nosotros.

Rompimos a llorar de la risa, mi amiga estaba en un punto en el que cualquier cosa que se le dijera, podría ser utilizado en nuestra contra.

El barco atracó y todos nos tiramos al agua, esa que nos llegaba por la cintura. Era impresionante, los chicos de animación nos iban dando vasos con Ron y Cola, para que disfrutáramos y tomáramos, mientras bailábamos en el mar.

La mulata se quedó arriba, bailando ante los ojos de todos, provocando con sus movimientos sexys, avivando más de una mirada asesina en alguna que otra pareja. Paul y yo, nos dimos cuenta, con la mirada nos dijimos todo, no queríamos reír pues íbamos a provocar más calentamiento en nuestra amiga.

De repente, la mulata baja al mar y se pone en el centro, comienza a bailar la de la gasolina con toda euforia, con ganas de llamar la atención como nunca. Ya empezaban a mirarla todas las chicas con mala cara, pero ella sabía lo que hacía y lo que quería provocar, estaba desfasada, parecía que se hubiera tragado alguna droga que no le hacía mucho bien.

—¡Calentona! — Escuché decir a una chica que estaba detrás de mí, era obvio que iba por la mulata, me giré y le sonreí, estaba con su pareja.

—Quiere llamar la atención — les dije y afirmaron con la cabeza.

—Lo que quiere es que yo la meta bajo agua y la ahogue — dijo Rebeca y todos estallamos a reír.

—Es mejor ignorar — dijo Mel —. Por cierto, soy Mel.

—Nosotros somos Shakira y Piqué — dijo la chica bromeando, ahí sí que nos echamos unas risas que fueron imparables —. Bueno, la verdad es que yo me llamo Carmen y el Paco.

Rebeca escupió el trago que había bebido, no podíamos parar de reír.

— Comprendo el por qué os cambiáis el nombre — dijo Rebeca.

—Yo soy Rebeca y ella es Susi, otra que su nombre, como veréis, es del montón — dijo la cabrona muerta de risa —. Este es Mel y él Paul, como veréis sus padres eran más pijos. Ellos son de Lanzarote y nosotras de Tenerife.

—Nosotros somos de Málaga — dijo Paco —. Estamos de luna de miel, nos casamos el sábado y llegamos ayer.

—¡Vaya, el sábado...! — dije irónicamente ante la risa de todos — Pero... ¿Salisteis del banquete hacia aquí? — pregunté flipando.

—A ver... Nos casamos a las doce de la mañana del sábado, la fiesta duró hasta las cinco de la mañana. Nos fuimos a dormir y luego cogimos un avión a las once hacia Madrid, las maletas no tuvimos que cogerlas allí, nos la cambiaron de vuelo directamente en conexión. En Madrid fue rápido, cambiar

de vuelo y salir hasta aquí, con la ventaja de que vinimos todo el vuelo roncando — dijo ella simpáticamente.

—Como nosotras, durmiendo, y eso que no nos habíamos casado, aunque por los pelos uno de nosotros termina ese día como ustedes — dijo Rebeca ante la risa de nosotros.

—No os entiendo... — dijo Paco, pero sonriendo de vernos reír.

—Pues nada, que este se casaba el sábado, pero decidió que era mejor venirse al caribe un día antes — soltó Rebeca.

—Estáis de coña, ¿verdad? — preguntó Carmen, sin entender nada.

—No — dijo Paul —. Yo me casaba el sábado también, pero la semana anterior a la boda, me fui a Tenerife con mi hermano para pasar una semana de relax o despedida de soltero, con la gran suerte de que conocimos a estas dos mujeres y ya no hubo boda, banquete, ni nada. Hubo un divorcio antes de incluso casarme — relató Paul ante mi asombro y con toda naturalidad.

—¡Ah no!, eso sí que es broma. Hay que tener muchos cojones para hacer eso — dijo Paco riendo.

—Pues lo tuvo, te lo digo yo... — reí.

—¿En serio? — Carmen estaba incrédula y flipando.

—¡Y tan en serio! — irrumpió Mel — Te lo digo yo que soy el hermano y me he comido toda la película, es más, la luna de miel a Kenia, ha servido para cambiarla por este viaje para los cuatro.

—Paco, menos mal que no hicimos despedida de soltero, porque si te vas de viaje con otra y me dejas plantada, te habrías ido sin cojones. Vamos, que te los hubiera cortado — soltamos unas risas impresionantes.

Cuando nos dimos cuenta, la mulata se había acercado a los seis.

— Que bien os veo por aquí, oigo muchas risas, señal de que estáis gozando.

Pusimos una sonrisa falsa todos, menos Rebeca, que prefirió saltarle a la yugular.

— Perfectamente, nos lo estamos pasando de lujo, amanecer en el caribe bien follados, hace relajarnos y disfrutar de lo lindo — dijo bordemente.

—Follar como fieras. ¡Qué rico!

—Claro que sí — volvió a responder mi amiga con una risa falsa.

—Yo me pienso tirar toda la semana follando, bebiendo y comiendo — dijo

poniendo cara de salida, con esa boca que quería poner sensual y parecía un mono de feria.

—¡Folla, folla! — dijo Rebeca.

—Eso haré. Por cada polvo, les quito una pulsera de todo incluido, mira mi mano, ya llevo tres — nos guiñó un ojo y se fue tan campante.

—Esa, es un putón verbenero — dijo Carmen, ante la risa de todos.

—Verás el putón, que al final, seguro que tiene premio y todo, pues me ha parecido verle nuez — dijo Paco.

—Yo había pensado lo mismo — dijo Paul, bromeando y guiñándole un ojo a Paco, siguiéndole la broma.

Pusieron la música más fuerte y nos pusimos a bailar y beber, Paco y Carmen, se quedaron con nosotros, así estábamos más entretenidos y a nosotros, no nos importaba. Los dos tenían treinta años, eran muy guapos, pero muy brutos, cosa que nos hacía mucha gracia, pues tenían unos puntos brutales.

Paco trabajaba en los concesionarios de coches de su padre, pero lo llevaban entre los dos, era hijo único. Carmen, no trabajaba, ella decía que su profesión era ser ama de casa, era lo que le gustaba, disfrutar del hogar y formar una familia donde ella pudiera volcarse.

A la hora de comer apareció una barca con muchas bandejas de marisco y una paella gigante, todo muy bien puesto sobre una especie de tablón y de donde todos íbamos cogiendo y comiendo, con cuidado de no tirar nada al mar, algo que nos advirtieron a todos muchas veces.

A las cuatro nos llevaron de vuelta al hotel, habíamos hablado de irnos a Plaza Bávaro, un lugar con muchas tiendas de artesanía, todas regentadas por gentes del lugar, los comercios estaban todos al aire libre.

Cogimos un taxi que nos llevó hasta la plaza.

Un lugar tranquilo y con mucho encanto, nos pusimos a regatear muchas cosas, se nos antojaba de todo. Carmen, era la más peleona y conseguía todo a menos de la mitad de lo que nos pedían, los hombres estaban sentados en la terraza de un bar bebiendo cervezas y pasando de nosotras.

Me compré unas maracas en madera, con el nombre de, Punta Cana y la otra Republica Dominicana y una figura preciosa, con una palmera y dos loros tallados en madera. Más tarde nos sentamos en la plaza para que unas chicas de allí nos hicieran a las tres, las trencitas en el pelo, algo típico del turista que va al Caribe, y nosotras no íbamos a ser menos.

Los chicos nos miraban de lejos sonriendo y negando con la cabeza. Las

tres estábamos aguantando los tirones que nos daban, eran más brutas...

Cuando terminaron con nosotras, nos fuimos con los chicos, habían hablado con el taxista que aún seguía con nosotros y nos iban a llevar a cenar a un lugar espectacular, cosa que las tres aceptamos encantadas.

Terminamos en un sitio precioso. El lugar estaba iluminado con antorchas y velas en la misma playa, en un entorno impresionante y cómodo, casi pegados a la orilla, donde el marisco y platos de alta calidad, se preparaban de la manera más cuidada y elegante. La comida tenía un sabor impresionante.

Tras la cena, estuvimos allí tomando copas y sobre la una de la madrugada, el taxista nos llevó de vuelta al hotel.

Todos quedamos en ir al día siguiente al Capitán Cook, un lugar al que se accedía en barca desde el hotel, era una playa con un restaurante típico especializado en mariscos donde podías deleitarte comiendo todo el día, además de estar disfrutando de la playa y varias tiendecitas improvisadas que había en aquel rincón frente al mar.

Capítulo 20

Despertar entre sus brazos, comiéndome a besos, abrazados como si no hubiera un mañana, era la mujer más feliz del mundo.

Nos fuimos a desayunar y allí nos encontramos con todos, luego salimos en barca para ir al Capitán Cook, estuvimos allí casi todo el día comiendo, bebiendo y riendo. Los malagueños tenían un arte muy característico del sur de la península y a nosotros nos hacía mucha gracia.

Pasamos aquel día y los siguientes, con Carmen y Paco, le habíamos cogido mucho cariño y habíamos prometido volvernos a ver.

Paul y yo, éramos inseparables y muy cómplices, con nuestras miradas nos lo decíamos todo, al igual que Rebeca y Mel, que se llevaban genial, pese a sus broncas y líos, porque en el fondo, no podían estar el uno sin el otro.

Aquella preciosa semana terminó. La vuelta la hicimos los cuatro juntos, e incluso de Madrid, volaron con nosotras a Tenerife, donde tenían pensando pasar un par de días en nuestra casa.

Capítulo 21

De nuevo en nuestra isla, con nuestros amores, felices como nunca y con un futuro muy prometedor, aunque algo incierto...

— Mola la casa — dijo Mel, al entrar.

— Seguro que la de vosotros es impresionante y esto al lado de la vuestra, es un cuartucho — respondió Rebeca.

— Bueno la de mis padres, es más. Las nuestras, son dos chalets a pie de playa, uno al lado del otro, pero no tan grandes, aunque sí muy chulos, seguro que os gustará — dijo Paul —. Aunque este piso está genial.

— Es alquilado, nosotras aún no hemos sido tan valientes de comprar nada — rio Rebeca.

— Por cierto... ¿Vosotros cuándo volvéis al trabajo? — pregunté intrigada.

— La primera semana de septiembre, allí se quedó un buen equipo, seguro que no nos echan de menos — bromeó Mel.

— ¡Anda que no vivís bien...! — respondí.

— Por cierto, Mel y yo, habíamos pensado que podríais veniros unos días con nosotros a Lanzarote.

— Yo me iba ya, pero nosotras no somos ricas y tenemos que currar... — Puse ojos en blanco.

— Bueno para pagar más días a las chicas de sustitución tenemos, aunque tengamos menos beneficios a final de mes, tampoco estaría mal que nos tiráramos el verano de nuestras vidas — dijo Rebeca ante la risa de todos.

— No sé, por mi vale, pero tendremos que hablar con ellas...

— Yo las llamo ahora mismo y les digo que se queden un par de semanas más sustituyéndonos, total, a disfrutar de junio. Aún nos queda todo el verano por delante, ya veremos que vamos improvisando...

Así hizo, las llamó y aceptaron encantadas. Rebeca les dijo que se quedaran todo hasta septiembre, que nosotras vendríamos de vez en cuando para ver que todo marchaba bien. Las caras de Mel y Paul, eran de auténtica felicidad, la mía también, me apetecía estar un verano desahogada de trabajo y disfrutando del momento tan dulce que estábamos viviendo.

Decidimos acabar el verano entre Lanzarote y Tenerife. Los chicos no tenían muchas ganas de soltarnos y nosotras, estábamos dispuestas a darles ese gusto.

Los dos días lo pasamos de relax, organizando y preparándonos para ir a la isla de ellos, esa que estábamos segura, nos iba a aportar muchas cosas nuevas.

Capítulo 22

Aterrizado el avión en Lanzarote, un pellizco sentí un pellizco en mi estómago. Tanto vivido en tan poco tiempo, pero fuertemente, era como si llevara con él una eternidad.

Cogimos un taxi hasta sus casas. Rebeca entró en la de Mel y yo entré en la de Paul, cada una de nosotras nos alojaríamos con nuestros... ¡Lo qué fuesen! Miedo me daba la palabra...

La casa era toda una preciosidad frente al mar. Tenía un jardín pequeño pero muy coqueto y su piscina con una cascada hecha con piedras grandes y palmeras entre ellas, era preciosa.

— Quiero que esta, sea nuestra casa — dijo Paul, mientras me daba una copa de vino.

—Pero Paul...

—Dime...

—No sé, no sé ni lo que somos, no sé nada — estaba indecisa...

—¿Quieres casarte conmigo? — dijo abriendo una cajita que había sacado de su bolsillo y que contenía un precioso anillo de compromiso.

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas.

—¡Sí, claro que sí! Aunque apenas haga un mes que te conozco, hemos hecho durante este tiempo más locuras que, seguramente, los últimos años de nuestras vidas...

—Todo pasa por algo, creo que la vida nos puso en el mismo camino y no pienso dejarte escapar, ni voy a esperar más tiempo por algo que nunca había deseado con tanta fuerza — dijo poniéndome el anillo —. El tiempo es el que cada uno precisamos para asegurarnos de las cosas, unas veces se requiere mucho y otras, sin embargo, necesitamos muy poco para tomar una gran decisión.

—Pero... ¿Cuándo quieres casarte? ¿Y nuestro centro? ¿Rebeca? Me estoy

haciendo mil preguntas — solté una carcajada nerviosa.

—Pues mira, en estos momentos, mi hermano estará pidiéndoselo a ella. Habíamos pensado que podríamos casarnos los cuatro a la vez, ya que nuestra historia comenzó al mismo tiempo, y como somos uñas y carne, yo con mi hermano y tú con Rebeca, podíamos hacerlo en agosto, en dos meses y antes de empezar a trabajar, así nos daría tiempo de irnos de luna de miel, los cuatro — me guiñó un ojo.

—Espera, espera, que me va a dar algo... Es mucha información en muy poco tiempo. ¿Y nuestro centro? Porque supongo que viviríamos aquí por vuestro trabajo.

—Así es. Podéis mantenerlo, que os lo lleven vuestras chicas y vosotras de vez en cuando ir y venir. Viviríamos aquí ya que tenemos nuestras casas. Vosotras estaréis juntas y siempre podemos abrir un centro aquí, aunque no os hace falta trabajar. Pero si queréis mantener el de Tenerife, lo podéis hacer y cómo te he dicho, ir y venir.

—Necesito hablar con Rebeca — dije riendo.

—Y yo contigo — escuché a mi espalda, ya habían aparecido, miré su mano y llevaba el anillo.

—¿Tía te has enterado? ¡Nos casamos! — dijo eufórica.

—Sí, me he enterado — dije riendo mientras negaba con la cabeza — Pero... ¿Y el piso y el centro?

—Mira: el piso lo dejamos ya qué es de alquiler, el centro, gracias a nuestro esfuerzo, está completamente pagado, nos deja un sueldo todos los meses y bastante dinero de beneficios. Todas las chicas se quedarían fijas, y nosotras seguiremos cobrando el sueldo. Habrá menos beneficios, pero suficiente para tener un sueldo y si un día deja de dar beneficios, pues vendemos el local y listo. Ya abriríamos algo por aquí, o no, ¡que nos mantengan estos! — dijo riendo y sacando la lengua.

—¡Uf!, demasiada información en mi cabeza — di un trago al vino — Lo iremos digiriendo poco a poco, seguro que lo hacemos bien. Por cierto... Tenemos que decírselo a tus padres.

—Sí, de eso ya nos encargamos cuando volvamos en unos días a Tenerife, se volverán locos de contentos al saber que hemos atrapado a dos dentistas — soltó una carcajada.

—Mis padres, nos esperan para comer, además, están al corriente de nuestras intenciones, por lo tanto, hoy vais a conocer a vuestros suegros.

—¿A la bruja? — preguntó bromeando Rebeca, los dos rieron afirmando

con la cabeza.

— Rebeca te lo advierto...compórtate — dije aguantando la risa.

—Qué síii, si yo cuando quiero soy un amor... — puso una falsa sonrisa.

Todo aquello era impresionantemente de locos, pero estábamos como la canción. Felices los cuatro...

Capítulo 23

Las puertas de esa gran mansión se abrieron, íbamos en el cochazo de Paul, un Mercedes todoterreno flamante, en color dorado. Mel, tenía el mismo, en color blanco.

Sus padres salieron a recibirnos al jardín, guapísimos, super cuidados, ella era un bombón de mujer, me recordaba a *Elle McPherson*, su padre a *Richard Gere*, en su mejor época, además se veían jóvenes.

Nos recibieron con una gran sonrisa, nos dieron dos besos muy cariñosos y nos invitaron a pasar al porche trasero, donde nos esperaba una succulenta comida.

Su madre no se veía tan cascarrabias como ellos decían, pensé que a lo mejor no nos quería asustar, pero congeniamos con ellos desde el minuto uno. Nos hicieron saber que aprobaban las bodas de sus hijos y que esperaban que los consideráramos como sus segundos padres.

Yo les pedí perdón por lo que había pasado, por entrar en la vida de su hijo sin saber lo que pasaba y haber sido la causante de lo sucedido, pero rápidamente su padre intervino.

— En lo de mi hijo, tú no tienes la culpa, en todo caso él, que era el que estaba comprometido, aunque ni él la tiene. Se dio cuenta a tiempo que aquello no era lo que le hacía feliz, cosa que me alegra pues jamás lo había visto con ese brillo en los ojos, así que por muy dolorosa que fuera la situación, sé que fue valiente e hizo lo correcto.

—Yo también estoy de acuerdo con eso — dijo la madre.

—Pues os lo agradezco... — dije de corazón.

—Ahora hay que preparar dos bodas, eso es lo más importante, que va a ser un día muy especial para los cuatro — su madre no parecía para nada tan

quisquillosa.

—Yo tengo que decírselo a los míos aun — dijo sonriendo Rebeca —. Todavía no saben ni que tengo novio — soltamos todos una carcajada.

—Yo estaba pensando que la podríamos hacer en Amanecer, por supuesto si estáis de acuerdo, es un lugar con mucho encanto — intervino el padre.

—Es el mejor lugar sin dudas, Paul y yo, lo habíamos pensado. Mañana se lo enseñaremos a ellas a ver si están de acuerdo — dijo Mel.

—Yo estoy de acuerdo y mucho más, que sea en Lanzarote, entre Susi y yo, no llegamos a los veinte invitados, mejor que se trasladen de isla ellos — soltamos una carcajada.

No podía creer que hablásemos de boda, que estuviésemos aquí con sus padres y que toda mi vida hubiese cambiado en cuestión de días.

Pasamos todo el día allí y por la noche volvimos a casa de los chicos, yo a la que sería mi hogar y Rebeca, al suyo.

Capítulo 24

Nos fuimos a desayunar a casa de Mel, nos avisaron que tenían el desayuno listo y aparecimos con los ojos casi pegados, no me quité ni el pijama de tirantes con pantalón cortito que llevaba.

— Desde luego, es que no me dejáis ni dormir... — protesté.

— Encima que te preparamos el desayuno, ¡serás ingrata! — respondió mi amiga.

— Anda, échame café y deja de darme la charla — le saqué la lengua.

— He llamado a mis padres y les he contado la película...

— ¿En serio?

— Aja...

— ¿Qué te han dicho?

— Que cuando volvamos, iremos con ellos a comprar los trajes de novia, que nos lo regalan — se encogió de hombros.

— ¿De verdad?

— Aja...

— ¿Pero, no dijeron más nada?

— Qué estaban muy contestos y que se imaginaban algo por las fotos del Facebook de los cuatros en Punta Cana. Ya sabes que mi madre le da Like a todo y comenta...

— Sí, no es tonta...

— Lo que me dijeron es que lo de estar yendo y viniendo por el tema del centro lo ven una locura, que dejemos el trabajo en manos de nadie, según ellos deberíamos de barajar la posibilidad de alquilárselo a las chicas por una buena cantidad y desentendernos, pero que eso es cosa nuestra...

— Tienen razón, al final tenemos que pagar autónomos, hacienda, luz y muchas otras cosas. Si se lo alquilamos a ellas por tres mil euros con todo,

nos quitamos de problemas, nos repartimos mil euros cada una y dejamos un fondo en la cuenta para cualquier cosa que pueda surgir. Aquí no tenemos apenas gastos, no sé, es cuestión de hablarlo.

—Pues vamos a hablar con las chicas, cerramos la sociedad y les dejamos el local en alquiler con todo dentro, además, tenemos un dinero ahorrado. Si nos aburrimos, ponemos aquí un centro.

—Nosotros os lo montamos cerca de la clínica — dijo Mel.

—Tú calla, que prontito me quieres poner a currar... — respondió bromeando Rebeca.

—¿Yo? Por mí no currabas, te mantengo toda mi vida — dijo riendo.

—Chicas, yo veo bien la opción de vivir aquí relajadas, que alquiléis el negocio y no estar pendiente a nada, solo a cobrar todos los meses y adiós. Más adelante si queréis trabajar aquí, podéis montar algo, o hacer lo que queráis — dijo Paul mientras acariciaba mi mano.

—Ahora en lo que pienso, es en dejar preparado el banquete y la ceremonia, que todos tenemos claro que será por lo civil y en ese lugar, así que debemos ir a dejar reservado el día que nos den de agosto. Luego ir a Tenerife y dejar cerrado el tema del centro, firmarlo todo, dejar el apartamento y traer nuestras cosas aquí, además de ir con mis padres a comprar los trajes — soltó Rebeca.

—¡Pues manos a la obra! — dijo Mel.

—A todo esto... ¿Dónde queréis ir de luna de miel? — preguntó Paul.

—¡Joder! Voy a viajar este verano más, que en toda mi vida — dijo Rebeca riendo.

—Viajar es vida — respondió Paul.

—¡Pues vámonos a vivir! — reí.

—Yo propongo un crucero, es mi sueño — dijo Rebeca.

—¡Ostras, sería genial!

—Pues no hay más que hablar, Mel y yo nos encargamos. Ustedes a mandar, que nosotros os complacemos.

—Paul y yo, nos vamos a Ibiza de despedida de solteros — bromeó Mel.

—¡Un mojón!, ustedes la despedida ya la tuvisteis, así que quietecitos que no vais ni a la esquina sin nosotras, que ya conocemos de primera mano vuestros antecedentes... — solté.

—Bueno, yo estaba soltero — dijo Mel, con una risa buscona hacia su hermano.

—Tu calla, si no quieres cobrar... — respondió Paul.

—Vamos a cambiarnos, ahora nos vemos y salimos a conocer el lugar ese para celebrar la boda, y hacemos un poquito de ruta por la isla, que aun no la conocemos — dije.

—¡Buena idea! — respondió Paul, dándome un golpe en la pierna para que nos levantáramos.

Nos duchamos y cambiamos, nos fuimos con los chicos al Amanecer, un precioso lugar nada más verlo, era impresionante, todo cuidado de manera exquisita. Tenía unos jardines de ensueño, una pérgola para la ceremonia frente al mar, era de película. Rebeca y yo estábamos anonadadas, nos había impresionado más de lo que esperábamos.

Nos dieron fecha para el primer fin de semana de agosto, a la vuelta de la esquina, un mes, solo un mes para convertirnos en sus esposas.

Elegimos un menú que costaba un pastón, pero lo iban a pagar ellos, así que para qué protestar. Nosotras elegimos los detalles, nos enseñaron fotos de otras bodas y las dos decidimos como lo queríamos todo.

De ahí nos fuimos a la clínica de los chicos. Aquello parecía más un hospital por lo grande que era, todo de lujo y un montón de gente en la sala de espera. Se notaba que aquello era una mina de oro.

Nos presentaron a los demás dentistas y enfermeras, todos muy simpáticos, aunque por dentro, debían estar flipando del cambio de Paul, de la noche a la mañana.

La isla de Lanzarote no estaba tan explotada como Tenerife, era más natural, más salvaje, había algo especial en ella. En aquellas calas, en todo. No sé, pero me gustaba, se veía menos concurrida y más tranquila.

Por la tarde fuimos a la agencia de viajes, allí recibieron a los chicos con mucha alegría, sabían que Paul había cancelado su viaje de novios por anular su boda y que luego reservó cuatro plazas para Punta Cana, aunque la cara del chico al oír que nos íbamos de luna de miel fue un poema.

Elegimos un crucero por las islas griegas, con una compañía muy reconocida e impecable. Elegimos el paquete de, todo incluido con dos suites con terrazas. Todo lo mejor para un viaje inolvidable.

Nos encargamos de dejarlo todo listo los siguientes días. Cinco días después, volvíamos los cuatro a Tenerife para dejar todos los temas cerrados.

Capítulo 25

Fue fácil hablar con las fijas del turno de tarde que accedieron a quedarse con aquello felizmente y sin negociar. Quedamos al día siguiente para firmarlo todo en el asesor y pasar el negocio a ellas.

Luego hablamos con las compañías que nos suministraban los pedidos, estaban todos los pagos al día. Les dijimos que a partir de ahora era con ellas con quienes tendrían que tratar, más tarde fuimos al asesor que nos dio automáticamente de baja por Internet, como autónomas y nos lo explicó todo. Fue mucho más fácil de lo que imaginábamos, cada tres meses tendríamos que pagar a hacienda por el local y listo. Él, nos lo llevaría todo para no preocuparnos de nada, se lo cobrarían de la cuenta y se acabó el problema.

Fuimos todos a comer a casa de los padres de Rebeca, nos recibieron muy contentos, congeniaron con los chicos desde el minuto uno. Todo parecía de cuento, demasiado bonito para ser verdad, me daba miedo que pudiera ocurrir algo que lo estropeará todo.

Los chicos, se quedaron por la tarde con el padre de Rebeca, y las tres nos fuimos a ver vestidos de novia. Fue precioso pues de momento, vimos un modelo que nos encantó. En ese instante, decidimos que iríamos vestidas iguales. Los chicos lo iban a hacer, así que nosotras también, aunque no le diríamos nada.

Los dejamos comprados para que lo enviaran a su tienda de Lanzarote y nos lo probáramos allí una semana antes, para la última prueba. La mamá de Rebeca los dejó pagados, quisimos ayudarla a pagarlos, pero se negó, le hacía mucha ilusión regalárnoslo.

Al día siguiente hablamos con el dueño del piso y le dijimos la verdad, que en una semana lo dejábamos pues nos íbamos a vivir a Lanzarote. No nos puso ningún un problema, es más, le devolvió a Rebeca el mes en fondo que había

dado.

Luego fuimos al asesor y firmamos con las chicas. Al final hicimos un alquiler renovable anualmente. Cuando salimos de allí, fuimos al centro para coger cosas personales que teníamos allí.

Los siguientes días estuvimos empaquetando todo. Rebeca tenía muchas cosas, así que las enviamos todas a Lanzarote, con una empresa de transporte, nosotras volveríamos a la isla solo con el bolso de mano, era lo más cómodo.

— Como estos cabrones nos dejen antes de casarnos, no veas la faena... Sin piso, sin centro, compuestas y sin novios — bromeó Rebeca ante la risa de todos.

— ¡Calla! Que eso mismo lo he pensado yo, varias veces — dije.

— ¿En serio? — preguntó Paul preocupado.

— Lo he pensado a modo de broma... — Puse los ojos en blanco.

— Aunque me quisieras dejar, no te lo permitiría. Tú y yo nos casamos, aunque sea obligándote — dijo Paul.

— ¡Quita!, que dice mi padre que los invitados están flipando ahora, con la nueva boda, estarán majaras con la sorpresa — dijo Mel.

— Ya ves, les devolviste los regalos y ahora no se atreverán a darlo hasta un día antes — le dije a Paul.

— Qué va, verás que buen rollo tiene la gente que va a ir, somos muy selectivos con los amigos, y mi familia, la verdad es que, ni son cotillas ni de esos que andan juzgando — respondió Paul.

— Nos casamos, os conocemos hace unas pocas semanas y nos casamos — dijo Rebeca riendo a carcajadas.

— Estamos como putas cabras... — dije negando con la cabeza.

— Estáis haciendo lo correcto, lo que vuestro corazón os dicta, al igual que nosotros — dijo Mel.

Nos subimos al avión, sabiendo que ahora íbamos para quedarnos, a estar con esos hombres que habían puesto nuestras vidas patas arribas, pero lo que más deseábamos con toda nuestra alma.

Capítulo 26

Pasó el mes volando. Me adapté a esa casa y aquella vida junto a él fácilmente. Había días que ni siquiera veía a Rebeca, ya que tomábamos rumbos diferentes, aprovechando las vacaciones de ellos. En septiembre estaríamos todo el día juntas pues ellos volverían a trabajar y la rutina empezaría.

Llegó el esperado día. Los padres de Rebeca y familiares cercanos, como amigos nuestros y las chicas del centro de belleza, estaban ya alojados en un hotel de la isla muy cercano al evento. Ni los padres de Rebeca quisieron quedarse en la casa, decían que eran momentos importantes y que necesitábamos intimidad.

Los padrinos de Rebeca eran su padre y la madre de los chicos y los míos, la madre de mi amiga y el padre de los chicos.

Aparecimos del brazo de los padrinos, ambas vestidas y peinadas iguales, sin velos, con el pelo suelto con una diadema que rodeaba nuestra cabeza y que tenía una flor de la misma tela que el traje quedando a un lado de la frente, al más estilo hippy al igual que el traje, muy ibicenco, pero precioso. Era de tirantes de cola de ratón, entallado hasta la cintura y con una caída espectacular. Todos nos miraban alucinando y diciéndonos que estábamos espectaculares. Los chicos estaban con lágrimas de emoción al vernos ir hacia ellos.

La música que sonaba era especial, la habíamos escogido nosotras, era de Pablo Alborán, para la entrada y llegada al altar.

*Qué intenso es esto del amor
Qué garra tiene el corazón, sí*

*Jamás pensé que sucediera así
Bendita toda conexión
Entre tu alma y mi voz, sí
Jamás creí que me iba a suceder a mí
Por fin lo puedo sentir
Te conozco y te reconozco que por fin
Sé lo que es vivir
Con un suspiro en el pecho
Con cosquillas por dentro
Y por fin sé por qué estoy así
Tú me has hecho mejor, mejor de lo que era
Y entregaría mi voz a cambio de una vida entera
Tú me has hecho entender que aquí nada es eterno
Pero tu piel y mi piel pueden detener el tiempo...*

Fue una ceremonia preciosa. Al finalizar, el padre de Paul y Mel, tomó el micro y dijo unas palabras que nos hizo llorar a todos los presentes.

— Jamás, ni en mis mejores sueños, imaginé quitarme a estos dos de golpe de encima — todo el mundo comenzó a reír —. Jamás imaginé tener que cancelar la boda de mi hijo a una semana, creo que eso le duele a cualquier padre, pues estamos más pendientes del, qué dirán, que de pensar en la felicidad de las personas que más amamos y que son ellos, pero yo lo hice. Supe la verdad de primera mano y quise entenderlo poniéndome en su lugar, demostrándole que estaba ahí para lo bueno y lo malo. Ahora veo a mis hijos, semanas después, haciendo lo que algunos llamarán una locura, pero yo, veo el brillo de sus ojos y como padre, me alegro de sus locuras, si esas los llevan a tener esas caras de felicidad, junto a estas preciosas mujeres que, desde hoy, se convierten en dos hijas más para nosotros.

Como anécdota quiero contar algo que pocas personas saben. Mi mujer y yo nos conocimos cuando yo tenía una relación formal. En una noche de fiesta me quedé prendado de ella e hicimos una locura que se convirtió en estos dos que hoy tengo delante. Tuve que romper con mi relación anterior, no solo por el embarazo, sino porque me había enamorado de ella, esa locura hoy la conservamos después de más de tres décadas, así que hoy no puedo juzgar a mis niños, hoy solo puedo animarlos a que se dejen llevar por su corazón, por mucha locura que parezca. Os deseo qué seáis muy felices, hijos míos, y aquí

estaremos siempre vuestra madre y yo, para apoyaros.

Lloramos, lloramos mi amiga y yo, nuestros ya maridos, los invitados, los camareros y hasta el que ofició la boda. Pero ahí no iba a quedar la cosa, el padre de Rebeca, también quiso decir unas palabras.

— Yo también quiero hablar, le he cogido celos a mi consuegro — dijo bromeando para romper el hielo —. Como padre de ellas dos... Digo de ellas dos porque así lo sentimos mi mujer y yo cuando Susi se quedó huérfana. La conocíamos desde pequeña y siempre hemos intentado llenar ese hueco tan difícil de tapar, pero hemos querido estar siempre ahí y que entendiera que podía contar con nosotros y que no estaba sola.

Como padre quieres que tus hijas tengan una relación seria, forjada con el tiempo, que todo sea normal, sin prisas ni locuras.

Casualmente, las dos han tenido relaciones serias, vivieron con ellos y luego se llevaron el palo de sus vidas. ¿Para qué vale el tiempo entonces? Por supuesto me sorprendió cuando me enteré que se casaban y, sobre todo, cuando aún ni siquiera conocía a los afortunados. No quería desilusionarlas, aunque me costó varios días asumirlo, pero de repente aparecieron ellos y la presencia de ambos, me dejó más tranquilo. Hoy puedo decir que bendita locura, que espero que os dure toda la vida, pero que el amor no se cuenta por los días de noviazgo, sino por los latidos del corazón, ese que hoy sé que os late a los cuatro con toda la fuerza del mundo y que espero que nunca deje de hacerlo. ¡Sed felices! Tenéis el apoyo de todos, disfrutad de esta preciosa locura.

Aquello se estaba convirtiendo en un drama, todos aplaudían y lloraban a la vez, salimos de aquel lugar de la mano de los que ya eran nuestros maridos, esta vez con la música que ellos habían elegido.

*Puedo no roncar por la mañana
Puedo trabajar de sol a sol
Puedo subirme hasta el Himalaya
O batirme con mi espada para no perder tu amor
Y puedo ser
Tu fiel chófer, mujer*

*Y todo lo que te imaginas puedo ser
Y es que por tu amor volví a nacer
Tú fuiste la respiración y era tan grande la ilusión
Pero si te vas que voy hacer
Planchar de nuevo el corazón
Se pone triste esta canción
Y quiero casarme contigo
Quedarme a tu lado, ser el bendecido por tu amor
Por eso yo quiero dejar mi pasado
Que vengas conmigo, morirme en tus brazos, dulce amor
Por eso yo quiero...*

Me encantó la canción elegida, era todo tan bonito, tan fuera de lo normal y especial, que me sentía la mujer más feliz del mundo.

El banquete duró hasta altas horas de la madrugada, desde que empezó a media mañana, la gente estaba a gusto y feliz, nosotros viviendo uno de los días más bonitos de nuestras vidas.

Por la madrugada, nos fuimos a un hotel de lujo a pasar nuestra noche de bodas. Tenían reservada dos suites, cuando llegamos había unos bombones helados en forma de corazón sobre la cama, era obvio, que lo acababan de poner.

Nos amamos como locos, felices, con todas nuestras ganas, y ya como marido y mujer.

Capítulo 27

Despertar entre sus brazos siendo su mujer, era lo mejor que podía pasarme, lo que llevaba varias semanas soñando...

Nos trajeron el desayuno, en la terraza de la habitación, mirando al mar, no paraba de mirar mi mano, me encantaba la alianza y verla en mi dedo brillar, justo detrás tenía anillo de pedida pues los quería juntos, me encantaban como quedaban.

— Salió todo genial — dije sonriendo.

— Sí, precioso y emotivo, veo hasta a mi madre cambiada — rio.

— No era tan fiera como dijisteis — saqué la lengua.

— Será porque nuestras anteriores relaciones, no le gustaban — se encogió de hombros.

— Son un encanto mis suegros y sé que me voy a llevar genial con ellos.

— No me cabe duda. Por cierto... Quería contarte algo. Ayer no quise decírtelo, pero recibí un mensaje de mi ex, por la mañana. Se había enterado de nuestro enlace.

— ¿En serio?

— Sí...

— ¿Qué te decía?

— Qué me deseaba lo peor del mundo, que era un cerdo y que ojalá me hagan lo que hice con ella...

— ¿De verdad? — pregunté flipando — ¿Le respondiste?

— Claro, soy educado.

— ¿Qué le dijiste?

— Qué, muchas gracias.

Solté una carcajada, en el fondo me daba pena por ella, pero Paul, siempre

tan correcto.

—¿Te respondió?

—Sí, pero no lo leí, le di a bloquear directamente.

Nos besamos, disfrutamos de ese día, estuvimos a solas, ni nos cruzamos con Rebeca y Mel, nos metimos en el spa, comimos en la habitación y nos dimos un baño en la piscina.

Al día siguiente, salíamos de crucero...

Capítulo 28

Nos despertamos tempranos, nos fuimos a desayunar con Mel y Rebeca, estaban muy felices, al igual que nosotros.

Luego recogimos las cosas y salimos directos para el aeropuerto, a las once salía nuestro vuelo a Venecia.

—¿Has visto el regalo de papa? — dijo Mel una vez sentados en el avión.

—No — dijo Paul.

—Mira la cuenta, nos ha metido una buena cantidad, si lo hizo conmigo, obvio que contigo también.

—No he mirado ni los regalos — dijo Paul —. Abrimos la cuenta y no la hemos visto desde entonces, a no ser que tú la hayas mirado.

—Yo no tengo ni las claves, tengo que bajar la aplicación e instalarla, esa cuenta es a medias así que debo controlar — dije bromeando.

—Joder — dijo Paul mirándola —. Papá como siempre, generoso a más no poder...

Me quedé flipando con los regalos monetarios que habíamos recibido, tendría yo que trabajar muchos años para tener toda esa cantidad. El padre, generoso era poco, pero era obvio que eran gente de bien, que aquello, no les suponía mucho.

El vuelo lo pasamos en silencio, yo leía una novela de suspense que había comprado en el aeropuerto y Paul, otro libro, así que lo pasamos leyendo.

Al llegar a Venecia, un coche privado nos recogió y nos llevó al puerto, donde se encontraba el crucero en el que íbamos a pasar nuestra preciosa luna

de miel.

El camarote era impresionante. Una suite de lujo, con salón, terraza, baño con jacuzzi, todo muy amplio y precioso. Una botella de champan en una cubitera de cristal con hielo, dos copas, una caja de bombones y unas flores adornando la cama, eran el recibimiento de bienvenida y de luna de miel.

Colocamos nuestras cosas y bajamos al buffet de la piscina, el barco ya estaba zarpando, habían estado toda la mañana recibiendo pasajeros.

—¡Tía esto es una ciudad en el mar! — dijo Rebeca alucinando.

—Es una pasada... — dije mirando a la piscina.

Nos habíamos sentado en el exterior, era el buffet al aire libre, junto a la piscina, aunque el crucero tenía restaurantes y bares por todas partes.

El ambiente era distinguido, se notaba que era un crucero de lujo, había un pijeo impresionante, la música ambientaba y la salida del barco, hizo que la gente comenzara a aplaudir.

El día lo pasamos genial, bebiendo a más no poder, bailando salsa con el equipo de animación, por la noche fuimos a cenar al restaurante principal, todo de lujo, platos de alta calidad y perfectamente presentados.

Esa noche cogimos una borrachera mortal, Rebeca vomitó en toda la alfombra que cubría el piso en el que estábamos, nos habíamos pasado tres pueblos, pero habíamos disfrutado como enanos. Al día siguiente haríamos nuestra primera parada.

Capítulo 29

Rebeca llamó a la puerta del camarote, le abrió Paul y entró directa a sentarse en mi cama.

—Por poco me muero, llevo despierta dos horas, dos ibuprofenos y me he bebido tres litros de agua, pero ya estoy nueva — dijo riendo.

—Te bebiste todo lo que pillaste — dije riendo.

—Me muero de hambre, vamos a desayunar. Además, estamos frente a Spliz, en Croacia, tenemos a nuestros pies la ciudad, son una pasada las vistas, vamos a desayunar en el exterior

—¿Y Mel?

—Ha bajado a recepción, quería pedir lo de las tarjetas wifi, hemos quedado en vernos en el desayuno, va a ir cogiendo mesa.

—Vale — dije levantándome, Paul salió del baño vestido y todo. Miré a Rebeca que llevaba un traje corto de tirantes y me puse uno parecido, cogí mi bolso y bajamos a desayunar.

Nos acercamos a Mel, que estaba tomando un café y fuimos a coger las cosas del buffet.

Toda felicidad se dice que tiene fecha de caducidad, pues es cierto, os lo digo yo, que de repente me enfrenté a lo más ilógico y sin sentido, que jamás imaginé que nos pasara.

—Hola, que coincidencia, que pequeño es el mundo — dijo una voz femenina que se paró justo a nuestro lado, iba con un chico.

Al verla la reconocí, la había visto en fotos, no me lo podía creer. ¡Era su ex! La cara de Paul y Mel eran un poema, habían pasado de moreno veraniego, a blanco muerte.

—Hola Patricia — dijo Paul con tono serio y cortante.

Mel, se mordió el labio, no quería hablar, se le notaba muy enfadado.

— Por cierto... Felicidades a los cuatros, sobre todo a ti — me señaló con el dedo —. Gracias, gracias a ti, hoy soy feliz — dijo señalando al chico que estaba a su lado, callado y serio, parecía no entender nada.

—De nada, todo un placer — le guiñé el ojo.

—Hasta luego — dijo Paul indicándole que se fuera.

Se fue, nos quedamos sin reaccionar, la primera en hablar fue Rebeca.

— Porque me has hecho señas, porque yo, la iba a mandar a la mierda.

—¿Cómo cojones se ha enterado que veníamos a este viaje y en este barco?
— preguntó Mel.

—Yo que sé — respondió Paul —. Estoy flipando... — Negó con la cabeza y enfadado.

—Chicos, esperadme aquí...

—¿Dónde vas Paul? — pregunté preocupada.

—Tranquila, a la última que buscaría sería a ella y menos para decirle nada, esperadme aquí.

—¿Dónde crees que va, Mel?

—No lo sé, pero seguro que va a hacer algo para que esta no nos joda las vacaciones.

—¿Y qué va a hacer? ¡Ni que la fueran a echar del barco!

—No lo sé, pero confía en él...

—¡Joder qué mala suerte, aparecer la tía esa! — dijo enfadada mi amiga.

Media hora después llegó Paul sonriendo, me guiñó un ojo y me acarició la mejilla.

—Chicos, arreglado, esa no nos va a joder el viaje, vamos a los camarotes que desembarcamos aquí, vamos a hacer las maletas.

—¿Qué dices Paul?

—La compañía está al tanto de la situación y nos cambiamos de crucero, mañana llega a puerto otro de la misma compañía y hay suites libres, hace un itinerario similar, esta noche la pasamos aquí en Spliz.

—¡Con dos cojones, así me gusta! — Aplaudió Rebeca.

—¡Ese es mi hermano! ¿Qué os dije?

—Pues a mí me parece, ¡una pasada! Vamos, que esta se va a pasar toda la semana buscándonos — solté una carcajada de imaginarlo.

Bajamos con nuestras maletas y un taxi nos llevó a un hotel que la compañía nos había reservado. Subimos a la habitación, dejamos las maletas y nos fuimos a pasear por la ciudad.

Nos encontramos a Patricia, soltó una risa malvada, pero siguió de largo. Los cuatros nos pusimos a reír, al saber el palo que se iba a llevar cuando no nos encontrara en el barco.

Al día siguiente ya estábamos embarcados en el nuevo crucero, felices al saber que ahora sí estábamos como queríamos, los cuatro solos, fuera de los ojos de aquella ocurrencia que tuvo Patricia, en la que imagino que solo lo hizo para intentar fastidiar nuestra luna de miel.